CLIO Y AFRODITA

ensayos de historia y arte

MIGUEL A. MARTIN, Ph.D.
Profesor de Historia Europea
Florida State University.

PANAMA
1973

MIGUEL A. MARTIN, Ph.D.
Profesor de Historia Europea
Florida State University.

CLIO Y AFRODITA

ensayos de historia y arte

PANAMA 1973

EDITADO POR

ediciones guadalupe ltda.

Apartado Aéreo 29765
BOGOTA - COLOMBIA

A
BERNADETTE
Y RAFAEL

CONTENIDO

I A manera de Prólogo 7
II Prólogo 11
III La estrategia militar de Napoléon y la Batalla de Waterloo 15
IV Maximilien Robespierre y el 9 Thermidor 63
V La Unificación Española – Siglo XV 113
VI Corrientes Historiográficas en la Inglaterra actual ..141
VII La Controversia Toynbee – Geyl 155
VIII Me llamo Giotto di Bondoni 167
IX Notre Dame de Chartres. La Reina de las Catedrales 203
X Masaccio. ¿El más grande de todos? 215
XI Treinta Años de Pintura Flamenca 227
XII Charles Dickens en la Historia. 1812 – 1870 243

a manera de prólogo

Los ensayos del doctor Miguel Angel Martín nos revelan una nueva fase de la formación académica del distinguido historiador. Sus trabajos anteriores, los dos volúmenes de su valiosa Historia de la Civilización, cumplen a cabalidad una función didáctica y de orientación del estudiante universitario. La presente colección de ensayos, también de carácter didáctico, a la vez que un acierto intelectual, son el resultado de la formación integral de quien como él se ha dedicado con ahínco al estudio de los problemas fundamentales de la civilización occidental.

Al profesor Martín le interesan una variedad de temas que él presenta en forma sintética, con la elegancia propia del ensayista y de manera ágil y dinámica. Temas como las catedrales góticas, Notre Dame de Chartres, treinta años de pintura flamenca (1410 – 1440), el sentido crítico y social de Dickens y otros más, como las corrientes historiográficas en la Inglaterra actual y la controversia entre Arnold J. Toynbee y el historiador holandés Peter Geyl.

Los hechos históricos que le sirven de motivo inspirador a los temas son tratados con sentido de modernidad y su manera de enfocarlos le da una nueva tonalidad a la forma tradicional de concebir el ensayo. En relación con los temas escogidos, queremos hacer nuestra la afirmación de Nabokov, uno de los más geniales representantes de las corrientes literarias contemporáneas, de que el valor de los mismos depende, por encima de todo, del talento y de la imaginación del autor.

Este nuevo enfoque del ensayo está respaldado por una bibliografía selecta, citas pertinentes y comentarios extraídos de las más diversas fuentes. Esta fue, precisamente, la técnica que permitió que el inimitable Lord Morley utilizara el ensayo para escribir su magnífica visión

de Diderot y los enciclopedistas. De esta suerte los ensayos del Dr. Martín poseen cierta simetría y como todo género similar de expresión escrita tienen un trasfondo personal e íntimo. No se trata de simples puntos de vista caprichosos, que surgen al azar, sino de metódicas investigaciones e inteligentes reflexiones presentadas en una nueva dimensión para imprimirle a esta colección de ensayos una alta jerarquía intelectual.

Se vale, así, el doctor Martín del método comparativo para analizar algunas figuras tomadas de la historia universal. Al referirse a Giotto considera "que no fue un mero copista de lo clásico ni se inspiró únicamente en lo gótico" sino que, más bien, "estructuró en los hombres la fe en la capacidad de grandeza de las emociones humanas". Cuando establece un paralelo entre Giotto y Masaccio nos dice que "las figuras de Giotto parecen piedras esculpidas mientras que las de Masaccio están hechas de carne y hueso" y agrega que Masaccio, "gigante de la pintura" era un Giotto "inspirado por la realidad, por la naturaleza y no únicamente por factores espirituales. Por eso sus figuras son tan materiales, tan llenas de vida y tienen tal fuerza y energía".

Ya se trate de Giotto, o de Masaccio, nos los presenta como figuras prominentes dentro de su ambiente político, social y religioso. Por eso Giotto, no es una figura solitaria, inmerso en su arte, sino que vive en un mundo de filósofos como Santo Tomás de Aquino, Buenaventura, Siger de Brabante y Roger Bacon, de políticos militantes precursores de Maquiavelo, o de poetas y humanistas como Dante y Petrarca. También aparece en los ensayos la visión del observador moderno y del crítico de arte como Bernard Berenson, uno de los más destacados críticos contemporáneos del arte renacentista. En su ensayo sobre la catedral de Chartres no sólo analiza la esencia del estilo gótico, para utilizar el lenguaje de Worringer, sino que también exalta la combinación exquisita de lo gótico medieval, el espíritu religioso de la época y su identificación con la Francia de hoy.

En el ensayo sobre Dickens está presente la sociedad victoriana con su interminable cortejo de problemas del individuo y de los grupos humanos. Y así el autor de Oliver Twist, de David Copperfield, de la historia de dos ciudades y de los papeles del club Pickwick, queda inmerso en esa misma sociedad victoriana que tan acremente criticó y de la cual no podía él sustraerse.

Al analizar las corrientes historiográficas en la Inglaterra actual sostiene el profesor Martín que "los verdaderos historiadores profesionales han permitido que otros se encarguen (de los secretos de la profesión), con harta frecuencia en forma inadecuada, y así tenemos que la mayoría de los libros en torno a la disciplina de la historia han sido obra de filósofos que intentan analizar el pensamiento histórico, sociólogos e historiógrafos que pretenden analizar al historiador y en muy raras ocasiones historiadores interesados en justificar sus actividades como de positivos beneficios sociales".

Pero, precisamente, sucede que a un buen número de historiadores profesionales les ha faltado una visión global, de conjunto, en el análisis de los hechos históricos. Muchos de ellos, y este no es el caso del profesor Martín, olvidan con frecuencia que un historiador debe estar provisto del bagaje cultural que ofrece el conocimiento de la sociología, del arte, de la filosofía, de la economía, de la literatura, de la antropología, de la ciencia, y en fin, de todo aquello que puede servir de base para un estudio juicioso del transitar de la humanidad por los caminos de la historia.

Esperamos que los comentarios anteriores, en relación con el magnífico trabajo del Dr. Martín, han de servirle para que continúe con trabajos de este género que han de ayudar al estudiante universitario y a más de un especialista en cuestiones históricas, para que adviertan que los capítulos de la historia de la humanidad son inagotables y que sólo adquieren vida y sentido cuando el historiador utiliza sus recursos intelectivos para penetrar en la naturaleza múltiple y compleja del proceso histórico.

RAFAEL E. MOSCOTE

prólogo

Los presentes Ensayos, que ofrecemos a la consideración de los lectores, fueron publicados entre mediados del año 1969 y principios de 1972 en diversas publicaciones panameñas. Algunos vieron la luz en periódicos con una alta circulación para nuestro medio, a los cuales tiene acceso un público numeroso y heterogéneo, mientras que otros aparecieron en revistas especializadas que cuentan con un número de lectores reducido y homogéneo y, probablemente, con mayores inclinaciones a la lectura de trabajos sobre Historia y Arte. Esta diferencia entre el número de lectores y su probable predilección por determinados temas explica ciertas discrepancias en el método seguido en estos Ensayos. Algunos de ellos están casi exentos de citas y referencias documentales, con el propósito de no cansar a personas que quizás no posean ni el tiempo ni la disposición para adentrarse en laberintos documentales.

Otros, por el contrario, fueron preparados —por lo menos esa fue la intención— ateniéndonos a un riguroso método histórico. Fue nuestro deseo en estos últimos, cumplir con los tres primeros de los diez mandamientos que el distinguido historiador francés Francois A. Aulard imponía a los estudiantes que tenían el honor de asistir por primera vez a sus clases sobre la Revolución Francesa: Siempre acudan a la fuente documental; nunca digan nada que no esté basado en una fuente original; nunca escriban nada sin presentar la referencia documental. Esperamos haber observado los importantes preceptos de uno de los historiadores que con mayor rigor aplicaba el método histórico.

Nos ha parecido muy apropiado, para el título de un libro de Ensayos sobre Historia y Arte, los nombres de la Musa de la Historia y de la Diosa que más se asocia con la Belleza. Clío es soberana en los dominios

de la Historia y sus mandatos inexorables deben ser acatados por todo verdadero historiador, pues su voluntad no se puede ignorar.

Afrodita, nacida según la mitología helénica de la espuma del mar cerca de Chipre, era la divinidad de la Belleza y el Amor. Los romanos la llamaban Venus y para ellos también representaba la Belleza. Arte es Belleza y, no obstante opiniones contrarias emitidas por críticos modernos, si el principal objetivo del artista no es hoy buscar lo bello, su obra todavía es juzgada por cánones estéticos. Como es casi imposible definirla y no todos tenemos las mismas opiniones, no puede existir un criterio unánime para describir la Belleza. Mas cuando miramos una obra de Arte, eso es precisamente lo que la gran mayoría buscamos. Porque muchos de nosotros estaremos siempre de acuerdo con John Keats, el gran poeta romántico inglés, "la personificación del alma humana en busca de la belleza eterna, eternamente fugitiva", cuando exclamó en su **Endimion:** "A thing of beauty is a joy forever".

Es nuestra esperanza, y ojalá no pequemos de optimistas, que estos Ensayos que presentamos al público lector tengan una buena acogida y satisfagan el interés histórico y estético de algunas personas. Para nosotros no ha sido una labor muy ardua, pues lo que se hace con amor siempre resulta agradable y menos difícil. Rescatar figuras históricas de la maraña de diatribas y prejuicios a la que han sido sometidas por falsos y deshonestos historiadores, ha despertado siempre nuestras simpatías. Ello explica la razón por la cual al analizar las actuaciones de Napoleón, Robespierre y Juana de Castilla, quizás hemos sido excesivamente generosos.

Desde hace muchos años sentimos una gran atracción por todo lo relacionado con el Arte. No obstante, nuestro criterio en relación con ello no ha sido especialmente ortodoxo. Leemos y admiramos a los grandes críticos de Arte y también permitimos que nos orienten y ayuden a descubrir las secretas cualidades, que no hemos captado a primera vista, en una obra de Arte. Pero para nosotros, el Arte es, esencialmente, algo personal. Nos gusta una catedral, una escultura o una pintura si consideramos que encierra belleza, que nos dice algo especial y que nos humaniza. De no ser así no nos atrae, no importa cuántos críticos de Arte o manuales de Estética proclamen su esplendor artístico. Lutero sostenía que nadie se podía interponer entre el hombre y

su Dios y somos de opinión que nadie se puede interponer entre el vidente y una obra de Arte. Y en lo que se refiere al Arte somos enfáticos en esta posición y decimos también: "Hier stehe Ich, Ich kann nicht anders".

Todo historiador, que tome verdaderamente en serio su profesión, debe interesarse, entre otras cosas, por el Arte, algo que ha tenido un impacto de tan grandes proyecciones y permanencia en la historia de la humanidad. Como muy bien dijo Bernard Berenson: "Sin Arte, visual, verbal y musical, nuestro mundo hubiera permanecido como una jungla". Y a esto añadimos, de Arthur Marwick: "Una sociedad sin historia sería tan inútil como un individuo sin memoria".

"La Coronación de Napoleón". David, (Museo del Louvre).

La Estrategia Militar de Napoleón y la Batalla de Waterloo

LA ESTRATEGIA MILITAR DE NAPOLEON Y LA BATALLA DE WATERLOO

> Bonaparte tenía mucha razón cuando dijo que muchos de los problemas que se le presentan a un General para que tome una decisión sobre ellos necesitarían cálculos matemáticos dignos de la inteligencia de un Newton o un Euler.
>
> Clausewitz (1)

> Ningún hombre después de él ha combinado el genio militar como líder en su campo con una carrera política a escala mundial (2).

Recientemente se cumplió el sesquicentenario de la muerte de Napoleón Bonaparte. Con su muerte, de acuerdo con el pensar de sus admiradores, desaparecía la figura histórica más sobresaliente de los tiempos modernos. André Castelot inicia el primero de los diez volúmenes publicados en 1969, para conmemorar el bicentenario de su nacimiento, de la siguiente manera: "Y de pronto desciende la noche tropical. Sin articular un sonido, Napoleón devuelve al Creador el más poderoso soplo de vida que jamás animara la arcilla humana" (3).

Los últimos años de Napoleón en la finca Longwood en Santa Elena, fueron años de tortura mental ante la increíble vulgaridad y malos tratos de Sir Hudson Lowe, el gobernador inglés encargado de su custodia. El monstruoso comportamiento de Lowe, avergonzó y ha avergonzado a muchos de sus compatriotas a través de los años y a su regreso a Inglaterra fue ignorado por la gente decente de su país (4). La muerte, el cinco de mayo de 1821 fue, en esas circunstancias, como un misericordioso escape para el ex-Emperador de Francia. Todos sus contemporáneos admiradores y enemigos, sabían que en el pequeño islote del Atlántico estaba por terminar la existencia de un gigante de la historia. Los más mínimos detalles de sus últimos momentos los cono-

cemos a la perfección por el cuidado que tuvieron de relatárnoslos quienes presenciaron la última escena del gran drama Napoleónico (5).

Pero, por supuesto, no todos ven en la figura historica de Napoleón a un gran héroe. Algunos historiadores y escritores ingleses han sido implacables al analizar sus actuaciones. H. G. Wells, quien lo detestaba, nos dice en su famosa obra **The Outline of History** (6), que por cierto tiene mucho de "outline" y poco de historia, que "la grandeza de Napoleón es una superstición monstruosa e insustancial" (7).

Y en otra parte sostiene el mismo autor, que "la figura de Napoleón en la historia es una de increíble vanidad y de grandiosa imitación de César, Alejandro y Carlomagno, que sería cómica de no estar condimentada con sangre humana" (8).

Esa fue por lo general la típica actitud de los historiadores británicos del siglo XIX. Napoleón era, para ellos, un monstruo que había amenazado la paz y tranquilidad de la Gran Bretaña. Las madres asustaban a sus hijos desobedientes diciéndoles que "Boney" (el ogro) vendría y se los comería.

Las prejuiciadas opiniones de Lord Acton, Macaulay, Carlyle y otros sólo reflejan el sentimiento imperante.

Napoleón, mucho antes de Santa Elena, tenía razón para no simpatizar con los ingleses. Jamás perdonó los vulgares ataques de la prensa amarilla inglesa. Cuando un periódico como el "Morning Post" se refería a su ascendencia como la de . . . "un ser indefinido, medio africano, medio europeo, un mulato mediterráneo" (9) no es de extrañar su resentimiento contra esa "nación de tenderos" (10). Cuando Inglaterra, famosa por su generosidad con refugiados políticos, le cerró las puertas y contribuyó a que se le enviase a Santa Elena, el resentimiento aumentó en forma considerable.

Historiadores y pensadores políticos de otros países lo acusan de ser un déspota y un tirano y le niegan inclusive afinidad con la gran Revolución Francesa. Dictador probablemente lo fue, pero, ¡qué extraño dictador. . . ! Nunca un ser humano ha disfrutado de tanto poder y lo ha usado tan moderadamente. Aún sus críticos aceptan que el único crimen político cometido por él fue la ejecución del Duque d' Enghien (11). Y quienes cometen la injusticia y torpeza de compararlo con

Hitler le hacen un favor a la memoria de aquel. Al lado del inhumano y macabro paranoico nazi, la moderación, generosidad y equilibrio de Napoleón, resaltan mil veces más. "Napoleón solo se amaba a sí mismo", ha dicho un biógrafo moderno, "pero a diferencia de Hitler no odiaba a nadie" (12).

Este dictador era el hijo de la Revolución Francesa, a la que salvó y luego llevó a todos los rincones de Europa. Su Código Civil, que se sigue hoy en Francia y en muchos países, es suficiente para inmortalizar su nombre. Pero además se lo dio a Italia y Alemania, le devolvió la independencia a Polonia y centralizó la administración en Francia. Según Markham las instituciones legales, administrativas y sociales que estableció en Francia, todavía son el más grande monumento a su genio (13). Y Karl Marx sostiene que Napoleón "del otro lado de las fronteras francesas barrió por todas partes las formaciones feudales . . . " (14). En Francia estableció también un nuevo sistema de educación (15). ¿Dictador? Sí. Pero, ¡qué extraño dictador! (16).

Mas Napoleón era también un soldado, quizás el más grande soldado de todos los tiempos. Alejandro, Aníbal, Escipión, César, Khalid, Carlomagno, Ricardo Corazón de León, El Gran Capitán, Condé, Marlborough, Carlos XII, Federico El Grande, Wellington, Grant, Moltke, Foch, Zukov, Eisenhower, nadie, absolutamente nadie, parece tener el genio, la intuición y la suerte en el campo de batalla que poseía este brillantísimo estratega. Cada una de sus campañas, cada una de sus batallas, sus más insignificantes decisiones han sido estudiadas y analizadas en forma tan minuciosa que podemos, si tenemos la inclinación y el tiempo, marchar con sus ejércitos y participar en la victorias de Marengo, Austerlitz, Jena y todas las otras. Pero veamos a grandes rasgos cuáles eran las bases sobre las cuales descansaba la estrategia militar napoleónica.

Su aparición en el escenario bélico cambió por completo el conflicto que había empezado poco después del inicio de la Revolución Francesa. El Reinado del Terror había preparado a Francia para una guerra en forma tan eficiente y completa como nunca antes un país lo había conseguido. Sin embargo con la caída de Robespierre esa brillante organización había sido utilizada para fines corruptos y venales. Los deshonestos e inmorales miembros del Directorio que heredaron el poder de

los Thermidorianos, no estaban muy interesados en una victoria final, mientras la guerra se escenificase fuera de las fronteras de Francia. Napoleón, por el contrario, con su "ferocidad emocional y energías de genio" "sólo ansiaba una cosa: la victoria militar" (17).

El concepto básico napoleónico de lo que debía significar una batalla difería radicalmente del de la mayoría de los estrategas y políticos del Siglo XVIII. Según el pensar de esa centuria las guerras no deberían ser a ultranza y el objetivo nunca era el aniquilamiento completo del enemigo. Solo hay que recordar la oposición del gobierno de los Estados Generales y el de Londres al plan de Marlborough (18), de marchar sobre París y postrar y humillar a Francia en la "Guerra de la Sucesión Española". Igualmente, Federico El Grande nunca abrigó la idea de destruir la monarquía austriaca durante "la Guerra de los Siete Años", pues el "completo sometimiento del enemigo no es siempre esencial" (19).

Si hay una excepción a esta regla, probablemente esta sería el caso de Carlos XII, el admirable Monarca y excelente General sueco. Y aún el caso de Carlos XII debe ser aceptado con cierta reserva, ya que después de su brillante victoria sobre los rusos en Narva en 1700 y cuando los tenía a su merced les permitió recuperarse ocupándose los próximos años en arreglar sus asuntos en Polonia (20).

Casi todos los expertos militares que han estudiado la estrategia y técnicas napoleónicas (21), están de acuerdo en que, a diferencia de sus predecesores el objetivo napoleónico era la destrucción total, de ser posible, del enemigo. Una vez que existía un estado de guerra entre Francia y otro país, Napoleón iniciaba los preparativos bélicos para, sin perder tiempo alguno, destruir las fuerzas militares enemigas y en esa forma acabar con el espíritu nacional de resistencia. Los métodos empleados debían ser los más expéditos y rápidos; todo lo demás era secundario.

En Europa hay buenos generales, declaró en una ocasión, "pero ellos se distraen demasiado en detalles insignificantes. Yo sólo veo una cosa, el grueso del ejército enemigo. Trato de aplastarlo, confiado en que los asuntos secundarios se arreglarán solos". Este es el aspecto central del concepto napoleónico de la guerra. Una "blitzkrieg", o ataque relámpago, dirigido contra el principal repositorio del poder militar del enemigo: su ejército (22).

La mayoría de los estudiosos de la filosofía de la guerra de Napoleón coinciden en que es imposible hablar de un método uniforme y regular. Si algo sale a relucir al analizar las órdenes militares, impartidas antes y durante las batallas son las ilimitadas variaciones y la flexibilidad del sistema. El mismo Napoleón exclamó una vez: "je n'ai jamais eu un plan d'operation" (23), como para dar a entender que no poseía un sistema definido y que el plan de operación dependía de las circunstancias cambiantes. Pero podemos considerar que esta frase como muchas otras suyas tenía su propósito, que no deseaba que nadie descubriese. De Napoleón lo que siempre se podía esperar en el campo de batalla era lo inesperado.

Para él, una campaña no tenía sentido si su culminación no era una batalla decisiva (24). Como ya hemos visto, esta batalla decisiva tenía como objetivo la destrucción de las fuerzas enemigas.

Clausewitz define estrategia como "el empleo de la batalla como un medio para lograr el objetivo de la guerra" (25). Ese objetivo era, en el caso napoleónico, aniquilación total del enemigo. Esa era la meta principal, el aspecto fundamental, ya que todo lo demás era secundario. Todo se debía sacrificar para obtener el objetivo vital, pues una vez que este se lograse, el conflicto terminaría a favor de Francia al situar al enemigo en una posición de completa incapacidad militar.

Fuera de esta teoría básica de la forma como debía terminar una batalla, se puede argüir que estos conceptos no constituyen algo nuevo. Generales como Alejandro y Aníbal (26) también lo seguían. De ello no cabe la menor duda. Precisamente una de las cosas que más asombra a quien empiece a familiarizarse con la estrategia y técnicas napoleónicas es la ausencia de conceptos genuinamente originales. Si exceptuamos algunas innovaciones de menor rango, Napoleón no se puede considerar como un innovador. Más bien se podría decir que desarrolló y perfeccionó teorías ajenas.

Lejos está nuestra aseveración de querer siquiera insinuar que Napoleón era un mero imitador. Mejor que ningún otro contemporáneo, vio claramente todas las posibilidades que podían resultar de las doctrinas militares francesas (27) y procedió a combinarlas y explorarlas hasta el límite, con ese impulso frío, calculador, demoníaco, físico y moral que lo animaba. Como bien se ha dicho,Napoleón añadió poco a la ciencia

de la guerra o a los ejércitos franceses con excepción de victorias militares; y ello lo consiguió convirtiendo las teorías en exitosas realidades (28).

Napoleón, como hemos visto, siempre sostuvo que jamás había tenido un sistema militar específico, que su estrategia y tácticas se improvisaban de acuerdo con las circunstancias. Pero si su famosa frase "je n'ai jamais eu un plan d' operation", parecía confirmarse con sus decisiones a primera vista, ese no era en realidad el caso. Su conducta en cada batalla estaba fuertemente influida por la topografía del área donde se iba a librar. Lo más probable es que esta insistencia en negar su apego a un sistema se debía a sus deseos de confundir al enemigo y aun a sus colaboradores (29). En su correspondencia y en los despachos militares Napoleón introducía falsedades e interpretaciones erróneas para engañar a sus rivales o para atenuar errores propios.

Lo mismo ocurre con sus escritos en Santa Elena cuando trata de justificar sus actuaciones políticas y militares (30). Los boletines donde describía las batallas libradas también estaban plagados de premeditados errores y falsedades, hasta el punto que entre sus soldados se popularizó la frase "mentir como un boletín". Con razón o sin ella, pensaba que si sus enemigos descubrían cuáles eran los principios que regían su estrategia y grandes tácticas podían aprovecharse de ello para vencerlo.

Nada ilustra mejor este empeño de Napoleón por disfrazar su estrategia y tácticas y exonerarse por la responsabilidad de cualquier falla u omisión militar durante el curso de una batalla que el tratamiento **post hoc** que le dió a la batalla de Marengo.

Esta victoria obtenida sobre los austriacos el 14 de junio de 1800 en el Piamonte, a orillas del río Bormida, era una de las favoritas de Napoleón, y, como tal, pertenece a la historia y a la leyenda. El Emperador parece haber sufrido una obsesión en relación con este combate.

En la importante batalla de Friedland, inspiraba y animaba a sus tropas con el recordatorio de: "Hoy es un día feliz, es el aniversario de Marengo" (31). En junio de 1815, la víspera de la campaña que culminó en Waterloo, le decía a sus soldados: "Hoy es el aniversario de Marengo y Friedland que en dos ocasiones decidieron los destinos de Europa" (32).

Pero allí no termina todo, su caballo fue bautizado con el nombre de Marengo (33), y uno de los manjares más exquisitos de la cocina francesa es el "Poulet á la Marengo". Una veintena de regimientos franceses se enorgullecían de incluir el nombre de Marengo en la lista de sus honores militares, y, como era de esperarse, una calle de París se llama Marengo. La fama de la batalla no se circunscribe a Europa, ya que más de una docena de aldeas en la América del Norte llevan también el nombre de Marengo. Todo ello nos lleva a la conclusión de que Napoleón tuvo un gran éxito en su afán por convencer al mundo que la batalla librada en el Piamonte fue uno de sus más brillantes triunfos militares.

Quien haga un detenido estudio de esta batalla llegará a la conclusión de que Napoleón, quien siempre sorprendía al enemigo, fue sorprendido por Melas, el General austriaco, y, además, serios errores del comando francés casi causan un grave revés. La oportuna intervención del General de división Louis Desaix, uno de los más hábiles y queridos lugartenientes de Napoleón y quien murió prematuramente al dirigir su victoriosa división en Marengo, salvó el día. Desde entonces Napoleón y sus historiadores oficiales para asuntos militares se dedicaron a alterar algunos hechos y suprimir otros con miras a glorificar al Emperador y demostrar que toda la acción militar era parte de un plan previsto de antemano y concebido en sus más mínimos detalles.

Desgraciadamente esta falta de escrúpulos es uno de los aspectos menos atrayentes de la personalidad de Napoleón. Parece increíble que una figura histórica de su grandeza haya considerado necesario apelar a recursos tan deshonestos, sabiendo que su inmortalidad y su posición cimera en la historia universal ya estaban aseguradas. El gran pintor David, cuya excelencia como artista solo se compara a su ruindad de alma (34), nos ha dejado una estupenda pintura del conquistador de Italia, pasando los Alpes montado sobre un brioso corcel. El cuadro fue comisionado por Napoleón para conmemorar la victoria de Marengo y David se prestó a extender las tergiversaciones históricas, pues sabemos que lejos de pasar los Alpes en forma tan heroica y marcial —"debo ser pintado lleno de calma y sereno sobre fiero corcel", habían sido las órdenes dadas por Napoleón al pintor— (35), los cruzó sobre los lomos de una humilde mula (36). Quizás ninguna batalla pudo obligarlo a

ejercitar tanto su imaginación como sus intentos de alterar la versión histórica de Marengo (37).

Pero a pesar de todos los esfuerzos por envolver bajo un velo de misterio su sistema militar y alterar ciertos hechos para que no apareciesen ante la posteridad, es posible determinar algunos principios que, por lo general, rigen sus decisiones militares. Ya hemos visto que consideraba la batalla como la culminación de su estrategia, cuyo objetivo era la destrucción total de las fuerzas enemigas (38). Otro principio que invariablemente lo animó fue el de que siempre se debía combatir a la ofensiva con todos los soldados a su disposición, aun cuando a veces estratégicamente se encontrase a la defensiva. Es imposible encontrar un ejemplo de una batalla defensiva napoleónica. Algunas de ellas, como en el caso de Leipzig han sido consideradas por historiadores militares como defensivas de parte de los franceses, pero en todos los casos Napoleón recurrió a tácticas defensivas únicamente cuando sus ataques iniciales no dieron resultado.

Esto explica si tenemos en cuenta que él era de la firme opinión que sólo las maniobras ofensivas podían dar los resultados deseados. "Toujours l'attaque", era la norma que regía sus tácticas al inicio de una campaña. Resulta irónico, comenta Chandler, que aquellos generales que se aferraron a tácticas eminentemente defensivas ante los relampagueantes ataques de Napoleón fueron los que salieron menos estropeados en las batallas y pone como ejemplos típicos de estas: Eylau, Borodino, y, especialmente, Waterloo (39). Pero a Chandler se le olvidó agregar que (40) sus rivales en esas batallas: Bennigsen, Kutusov y Wellington (41) eran maestros de la guerra a la defensiva.

Es necesario hacer énfasis en el hecho de que Napoleón insistía en tácticas ofensivas aun en casos en que estratégicamente sus ejércitos, y con ellos Francia, se encontrasen a la defensiva.

El mejor ejemplo de esto lo tenemos en la invasión de Francia por los Aliados poco después de la derrota francesa en Leipzig. Poderosos ejércitos de Austria, Prusia y Rusia, que gozaban de una gran superioridad numérica, tanto en hombres como en armamentos y material de guerra, sobre las tropas al mando de Napoleón, invadieron el suelo francés a fines de enero de 1814. Los comandantes Aliados, especialmente Blü-

cher, estaban seguros de que la campaña sería breve y fácil y que París sería ocupada en unos cuantos días.

Napoleón, lejos de adoptar tácticas defensivas como la situación aconsejaba mostró quizás mejor que nunca su genio militar (42) como general de ofensiva y la frase "toujours l'attaque" tadavía resumía todas sus decisiones y actuaciones. Blücher, el general prusiano, tozudo y falto de imaginación, fue derrotado en varias ocasiones. En nueve días —del 14 al 21 de febrero de 1814—, de brillantes maniobras, Napoleón ganó seis batallas empezando con la de Champaubert y terminando con la de Montereau (43). Fue durante estos gloriosos días que contestó, a algunos miembros de la guardia que temían por su seguridad, al insistir el Emperador en estudiar la situación militar desde puntos muy expuestos en la línea de batalla del frente de Montereau, con la famosa frase: "No teman, la bala que me ha de matar no se ha fundido" (44).

Algunos historiadores consideran como inmerecidos los elogios que se le han tributado por sus brillantes triunfos en la campaña de 1814 que estaba, por supuesto, irremediablemente perdida desde el principio. Sin embargo resulta imposible, para quien la estudia en detalles, no llenarse de admiración ante el espíritu optimista, la energía y las brillantes tácticas de Napoleón en una campaña en la cual él no sólo era el estratega que dirige sus ejércitos desde la retaguardia sino el general de división que emplea efectivas tácticas de ataques y hasta el capitán de artillería, como en los tiempos de Tolón, que corrige los defectos de sus cañoneros en Montereau.

Un historiador profesional moderno nos dice que muchos se han deslumbrado ante los triunfos napoleónicos en 1814 y que, cegados por las brillantes tácticas, han olvidado que a los Aliados los perjudicó su propia ineptitud, su falta de cooperación y el temor que los aprisionaba al pensar que un avance temerario en suelo francés provocaría la resistencia nacional y sus ejércitos se tendrían que enfrentar a una guerra de gerrillas como en España. Temores infundados, como demostró la realidad (45).

A pesar de esa opinión demeritoria, el hecho de que Napoleón pudo enfrentarse con éxito a un ejército enemigo de casi medio millón de

soldados cuando él contaba apenas con la tercera parte de ese número y sus tropas no tenían la experiencia y carecían de pertrechos y material de guerra en comparación a los de sus enemigos, es digno de admiración. No fue sino hasta mayo, luego de su abdicación, cuando sus enemigos entraron a París. Con razón la campaña de 1814 ha sido considerada por algunos otros historiadores como el más grande esfuerzo de Napoleón (46).

Como es fácil de colegir, por más empeño que puso, con miras a ocultar el hecho de que su estrategia en general y sus grandes tácticas estaban regidas por principios que, si bien es verdad, en algunos aspectos, se distinguen por su flexibilidad, pero que no por ello dejan de ceñirse a un patrón establecido, le fue imposible lograrlo. Un estudioso de sus campañas militares no tiene gran dificultad en descubrir la preeminencia de tales principios. Ya se ha visto cómo la convicción de que toda campaña tenía que terminar en una batalla decisiva y el axioma de "Toujour l'attaque" era obedecido aun en aquellos casos en los cuales estratégicamente se encontrase a la defensiva. Por lo tanto, ellos constituyen los dos principios cardinales de sus maniobras estratégicas.

Igual ocurre en relación con las tácticas de campo de cada una de sus batallas. En estas, la flexibilidad y las ilimitadas variaciones tienen prelación sobre la rigidez. Los movimientos tácticos se ordenan tomando en consideración las especiales circunstancias de cada combate: el terreno y sus obstáculos, la época del año, la hora del día, la calidad de las tropas enemigas, la inteligencia y habilidad del comandante rival, etc. Pero a pesar de las variaciones e improvisaciones, que Napoleón luego trataba de negar y las atribuía a un plan preconcebido, y la flexibilidad en las maniobras tácticas durante un combate, no resulta tampoco muy difícil descubrir sus tipos de batalla preferidos, basados en una norma, una pauta, un patrón. Se pueden encontrar fácilmente tres modelos ideales entre los de su predilección.

El primero de ellos carece de toda sutileza, perspicacia e imaginación táctica, pues lo constituye el ataque frontal contra un enemigo que, lejos de ser elusivo, espera la embestida protegido por una posición defensiva escogida con sumo cuidado de antemano. Innecesario decir que para un genio militar como Napoleón este tipo de encuentro militar, brutal, costoso para el atacante, burdo y carente de imaginación,

era el que menos le atraía. Se recurría a este tipo de combate únicamente en aquellos casos en que las exigencias estratégicas o limitaciones de tiempo lo hacían obligatorio.

Ello era así por tres razones: en primer lugar anulaba la superioridad táctica del cerebro napoleónico, en segundo demostraba ser sumamente costoso y, finalmente, con frecuencia los resultados eran inconclusos.

Borodino es el ejemplo clásico, ya que la "Grande Armeé de la Russie" sostuvo ingentes pérdidas y si la retirada del campo de batalla de los rusos se puede considerar una "victoria" francesa, ésta fue insignificante. Renunciar a una posición, nos dice Clausewitz, es una media victoria para el ejército atacante (47). Pero una media derrota, podríamos agregar, no es un desastre. El mismo Clausewitz hace una comparación entre el descalabro de Jena (48) y el indeciso resultado de Borodino (49).

No obstante que Napoleón trató siempre de evitar este tipo de batalla, por las razones que ya hemos expuesto, en el punto culminante de su carrera militar se vio obligado a adoptarlo. Mas si bien es verdad que el 18 de junio de 1815 en Waterloo el ataque francés fue frontal y casi suicida contra los magníficos tiradores de la infantería inglesa de Wellington, la decisión fue involuntaria ya que a diferencia de Borodino donde él ordenó el ataque frontal sin ningún aditamento, en las afueras de la aldea belga esperó hasta el último momento que el cuerpo de ejército de Grouchy llevase a cabo un movimiento envolvente, desde el este, contra las tropas de Wellington. Con excepción de Borodino, podemos decir entonces, Napoleón evitó siempre una "solución sangrienta a la crisis" (50).

A diferencia del ataque frontal, al cual recurre como hemos visto solo en casos extremos, él sí era partidario de lo que podemos llamar la batalla dual, es decir, dos batallas simultáneas o casi simultáneas para obtener el resultado decisivo que era el objetivo básico de su estrategia. Las tácticas de la batalla dual se empleaban cuando el frente estaba tan extendido y el número de tropas era tal que se hacía aconsejable dividir las acciones en dos partes: una principal y otra secundaria. La más brillante de todas sus victorias, Austerlitz, librada el 2 de diciembre de 1805, día de suerte y fecha simbólica para Napoleón (51), fue de

este tipo. Las batallas marginales de Pratzen y Santon culminaron en la gloriosa victoria de Austerlitz cuando la estrella militar napoleónica pareció alcanzar su cenit. Desde entonces la frase: "el Sol de Austerlitz" se refería a la buena fortuna de Napoleón.

En los combates de Jena y Auerstadt tenemos otro ejemplo de batalla dual pero en forma accidental. En estos encuentros el afamado poderío militar prusiano fue aplastado y Napoleón pudo exclamar que la humillación francesa en Rossbach unas décadas atrás había sido vengada. Con todo y que las victorias de Jena y Auerstadt resultaron en triunfos completos y culminaron con la desaparición de Prusia de la contienda, la pérdida de su "status" militar y su desmembración, el triunfo ha podido ser más rápido, completo y decisivo si Bernadotte no hubiese mostrado una indecisión y torpeza que casi pueden ser catalogadas como delito de traición (52).

La conducta de Bernadotte fue tan vil y tan innoble al no concurrir en auxilio de sus compañeros y amigos, los cuales tuvieron que soportar el peso de las dos batallas, que solo la generosidad del Emperador lo salvó de una Corte Marcial que indudablemente lo hubiera condenado a muerte (53). Unos años después Bernadotte fue escogido Rey de Suecia, posición desde la cual lucharía contra su ex-jefe y benefactor (54).

Pero, ni el ataque frontal ni la doble batalla eran sus formaciones favoritas, pues consideraba que en ellas no podía descollar verdaderamente su gran genio militar. El combate ideal era en su opinión la verdadera batalla estratégica. Ese era su objetivo, su meta, solo en ella era posible emplear las grandes tácticas, solo aquí su inigualable talento se podía someter a las pruebas más difíciles. Desafortunadamente, para ellos, sus enemigos le permitieron emplear su batalla estratégica en numerosas ocasiones. Es en estos casos donde mejor podemos analizar las grandes tácticas napoleónicas.

Si conocemos las maniobras estratégicas favoritas del Emperador es fácil imaginarse que su plan ideal se basaba en el concepto del ataque envolvente para disminuir el poderío y confianza del enemigo e inducirlo a debilitar su principal línea de batalla en un punto crítico, seleccionado previamente. Atacando los flancos es como se ganan las batallas, solía decir, pues sólo así se puede crear una brecha en las líneas adversarias y una vez que esto ha sucedido se rompe el equilibrio y todo lo

"Bonaparte en Arcole". Gros, (Museo de Versalles).

demás es inútil para el general rival. He allí, el secreto: romper el equilibrio enemigo. Esta era para él, la fórmula más rápida y menos costosa de obtener una victoria completa.

Tan pronto como sus avanzadas de caballería notificaban la proximidad del grueso del ejército contrario en determinada área, le daba órdenes a las tropas más próximas para que entraran en contacto con el ejército rival y lo comprometieran en un combate, suministrando así un punto fijo para que el resto de las tropas francesas pudieran usarlo como punto de concentración. Lograr esto no era difícil, pues el adversario se mostraba anuente a trabar combate con formaciones francesas numéricamente inferiores, como el cuerpo de ejército o "corps de armée" que tenía ante sí. Fue Napoleón quien influyó en la adopción general del sistema de "corps de armée", que ya había sido ensayado por algunos oficiales franceses para el ejército de Francia a principios del año 1800.

El "corps de armée" era un ejército en miniatura, ya que contenía elementos representativos de todas las ramas militares. Estaba compuesto por dos, tres o cuatro divisiones de infantería, una brigada o división de caballería ligera, una compañía o dos de artillería e ingenieros, además de tropas misceláneas. Su número, como se puede ver, también variaba; oscilaba entre 15.000 y 40.000 hombres, pero por lo general, incluía entre 25.000 y 30.000 soldados.

Su comandante divisional contaba con Estado Mayor que incluía un oficial del comando supremo y el cual servía de oficial de enlace. Una unidad de esta clase, tan versátil, poderosa e independiente, estaba en capacidad de enfrentarse en batalla, detener y comprometer a un ejército numéricamente superior por más de 24 horas. Eso era todo lo que Napoleón necesitaba (55).

La aparente debilidad numérica del "corps d' armée" atraía al comandante rival, al mando de un ejército muy superior en números, pero las maravillosas cualidades de maniobrabilidad y adaptación del "corps" le permitía evitar su destrucción durante el tiempo necesario para recibir refuerzos. Napoleón era inigualable en lo que concernía al movimiento de "corps d' armée" a través de vastas distancias y como parte de un plan que, aun cuando a primera vista parecía desorganizado para el comandante contrario, seguía un rígido plan previamente establecido.

En esas condiciones no importaba donde se topase con el oponente. Si se hallaba adelante la vanguardia trabaría combate; si en el flanco izquierdo de la línea de avance entonces el "corps" más próximo se convertiría en la vanguardia y todo el sistema de formación napoleónico se adaptaría a la nueva situación (56).

En esas condiciones, el aparentemente aislado "corps d' armée" que se encontraba más cerca del enemigo servía de cebo o señuelo. Tal ocurrió en Jena cuando los prusianos creyeron que el "corps" de Lannes, el estupendo general de ataque, estaba aislado y sería fácil presa. Igual sucedió en Friedland donde nuevamente el "corps" bajo el mando del habilísimo, valiente y genial Lannes sirvió el mismo propósito (57). Para los comandantes rivales el "corps" de Lannes, en ambas ocasiones, se encontraba irremediablemente perdido, pero el Emperador sabía que las tropas al mando del competentísimo general, con su respaldo de caballería y artillería podrían resistir los ataques contrarios por lo menos durante 24 horas y eso era todo lo que se necesitaba para la llegada de "corps" adicionales en el momento decisivo.

Esas 24 horas eran fundamentales en el sistema napoleónico, pues el tiempo era de vital importancia. Estrategia, según él, era el arte de explotar hasta el máximo el tiempo y el espacio. Y el tiempo tenía prelación pues: "el espacio se puede recuperar, el tiempo nunca; puedo perder una batalla pero nunca un minuto" (58). Antes de que expirara el plazo señalado, el "corps" más cercano reforzaba a sus comprometidos compañeros y el comandante rival, para su sorpresa, descubría que estaba participando en una acción que se escalaba por momentos. En tal situación su reacción era, casi siempre, la de emplear sus reservas para que no continuase la disminución de su superioridad inicial y decidir la acción lo antes posible. Esto se ajustaba por completo al plan de Napoleón ya que era imprescindible para su éxito que el adversario emplease todas sus fuerzas.

Este era el punto donde la superioridad de movimientos de sus tropas sobre las de sus antagonistas era decisiva. Un soldado francés bajo el mando de Napoleón marchaba con frecuencia cinco, seis y hasta siete kilómetros por cada uno del soldado enemigo; con razón sus tropas decían que el Emperador "había descubierto un nuevo método de guerrear", él usa nuestras piernas en lugar de nuestras bayonetas (59). De

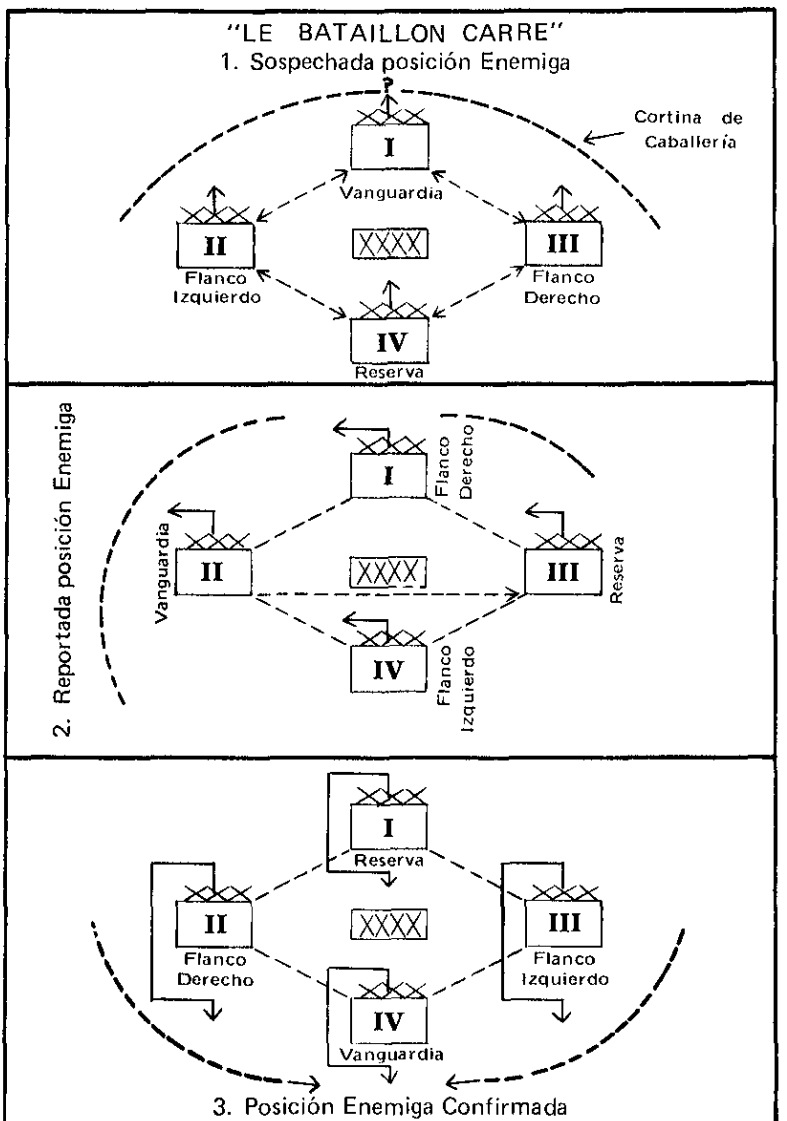
esta manera, el "corps d' armée" expuesto al ataque contrario era reforzado, ya que los restantes "corps" se encontraban a 24 horas de marcha, algo que el comandante rival consideraba como imposible. Bien pronto al alto mando enemigo contemplaba con alarma el poderoso refuerzo y el aumento de la vanguardia francesa con artillería y divisiones de caballería adicionales. Y ahora quien examinaba detenidamente el frente era el Emperador, el mejor general del mundo.

Con su atención monopolizada por el creciente número de tropas en la vanguardia francesa que lo colocaba en posición de grave inferioridad numérica, el general contrario no podía ver a la fuerza envolvente, que Napoleón escondía detrás de una cortina de caballería, dirigirse hacia un punto previsto de antemano en el flanco o en la retaguardia de su opositor. Este era el punto de junción. La fuerza envolvente estaba compuesta por columnas de infantería, que marchaban a doble velocidad, artillería tirada por caballos, y caballería, ya que la velocidad era el factor clave. Un lugarteniente de confianza era encargado del mando de esta fuerza, ya que todo dependía de que llegaran al lugar previsto en el momento preciso.

Era necesario, si el plan había de dar resultados positivos, que la fuerza envolvente no revelase su presencia antes de que el adversario emplease todas sus reservas en la batalla frontal. Cuando esto ocurría Napoleón, mediante una señal preconcebida, ordenaba el ataque de flanco o de retaguardia, de acuerdo con las circunstancias, que los franceses llamaban "attaque d' ebordante".

El rugido de los cañones, la algarabía de la caballería, el humo y el polvo obligaban al adversario a concentrar su atención en el flanco izquierdo, o el derecho, o en la retaguardia, dependiendo del punto de junción escogido por Napoleón para el "attaque d' ebordante". Este ataque ponía en peligro las comunicaciones y las líneas de retirada rivales y súbitamente el comandante contrario, que había entablado inicialmente el combate creyendo que destruiría fácilmente lo que parecía una indefensa víctima, se enfrentaba a un descalabro, un desastre total.

La única vía de escape era ordenar una inmediata retirada general con la esperanza de escaparse de la trampa que se cerraba por momentos. Pero desgraciadamente para el comandante rival, esto era casi que



Plan de Batalla Napoleónico, donde se puede apreciar la flexibilidad de un "corps de armée". Dibujo a tinta de Rafael Martín C., basado en un diagrama de S. H. Perrin.

imposible ya que Napoleón había lanzado de antemano un ataque frontal en toda la línea contra todos los sectores opuestos para que coincidiese con el movimiento envolvente. La alternativa para el adversario, teóricamente, podría ser sacar tropas de otros sectores para formar una nueva línea en ángulos rectos de su posición principal para poder enfrentarse al nuevo ataque y proteger sus flancos.

Como sus reservas ya se habían empleado, la única forma como se podía lograr esto era debilitando esos sectores del frente próximos al nuevo ataque. Y este era el momento que Napoleón había esperado con tanta ansiedad. Pues, según su criterio, al debilitar el frente enemigo se rompía el equilibrio y una vez que esto se lograba la batalla estaba ganada.

La segunda etapa, la decisiva, se iniciaba ahora, pues Napoleón, considerando que el momento culminante había llegado, lanzaba un nuevo y poderoso ataque con numerosas tropas frescas de reserva contra el debilitado gozne, lo que le garantizaba abrir una brecha en las líneas de sus antagonistas y dividir el ejército contrario en dos desarticuladas partes. Como este era el momento esperado desde el inicio de la batalla, el Emperador había concentrado poderosos contingentes de tropas escogidas, las llamadas "masse de rupture", precisamente para esta labor de destrucción. Estas tropas, por lo general, eran escondidas a los ojos enemigos, detrás de barreras naturales.

Las tropas que formaban la "masse de rupture" eran formadas en los famosos cuadros, una innovación táctica napoleónica. Con los cañones de la reserva al frente, las divisiones de infantería, en columnas, formaban los flancos y los escuadrones de caballería la retaguardia. Una vez que se daba la orden, esta concentración de artillería, infantería y caballería hacía pedazos las debilitadas, aterradas y desorientadas formaciones que tenían ante sí. Las columnas de infantería, empleando la bayoneta en forma terriblemente eficaz, aumentaban la confusión y el pánico enemigo. La caballería también cumplía su cometido y en un movimiento de coordinación casi perfecto el anillo se cerraba. La caballería pesada, o "cuirassiers" remataban la acción. La batalla se había ganado pero no terminado.

La siguiente fase era la persecución y destrucción del mayor número

Muchos historiadores, del Siglo XIX y contemporáneos, consideran que ya desde la batalla de Borodino, –durante la campaña rusa– Napoleón víctima de graves dolencias, había perdido parte de sus extraordinarias facultades militares (62). Tales dolencias continuaron mermando la inteligencia del Emperador .y fue esta situación la que precipitó el desastre de Leipzig (63). No obstante ello, la forma tan eficiente y brillante como condujo la campaña de 1814 en suelo francés donde le infligió una serie de graves reveses a Blücher y sus prusianos, al igual que a los austriacos, nos indican que: o tales dolencias no le impedían actuar con su acostumbrada brillantez, o ya para 1814 se había recuperado de ellas (64).

Algunos especialistas militares tienden a restarle importancia a la campaña de Waterloo por considerar que la causa napoleónica estaba perdida de antemano. Pero, por supuesto, nunca se puede saber lo que hubiera ocurrido si el Emperador hubiese aplastado los ejércitos Aliados de Wellington y Blücher concentrados en Bélgica. El era de opinión que toda la situación europea se hubiera alterado. Pero veamos los antecedentes de tan histórica campaña.

Tal como había pronosticado, Napoleón regresó a París luego de escapar de la isla de Elba, sin necesidad de disparar un tiro. El Aguila había vuelto a su capital (65), pero solo dos grupos, los campesinos y los ex-soldados le brindaron todo su apoyo. El ejército que reunió apresurada e improvisadamente, "L' armée du Nord", apenas si consistía de 160.000 soldados, 30.000 de los cuales tuvieron que ser enviados a la Vendée para someter una insurrección. Los aliados disponían de 700.000 soldados veteranos y de éstos Blücher con 120.000 prusianos y Wellington con 95.000 tropas británicas, belgas, holandesas y germanas se encontraban en Bélgica dispuestos a cerrarle el paso (66). La situación era tan precaria que una victoria contra Wellington y Blücher era imprescindible si se quería unir a toda Francia tras el Emperador.

Además de la inferioridad numérica, otras dificultades debilitaba "L'armée du Nord". Existía una peligrosa división y desconfianza mutua entre los soldados que habían permanecido leales al Emperador y aquellos que le habían prestado servicio a los Borbones durante el destierro en Elba. La moral del ejército no era muy alta por esta razón. El ejército de 1815 se ha considerado como falto de disciplina, sin confian-

za en sus oficiales, temerosos de traiciones y sujeto a pánicos; pero, al mismo tiempo, animado por un espíritu de venganza y deseoso de trabar combate lo antes posible. No se puede dudar que Napoleón era víctima de un falso optimismo en relación con éste, su último ejército (67).

La ventaja inicial estuvo de parte del Emperador, quien mediante milagros de organización concentró sus tropas y cruzó la frontera de Bélgica a mediados de junio de 1815 cuando ni Wellington ni Blücher lo esperaban tan pronto. Esta ventaja inicial estuvo, desgraciadamente, acompañada por un erróneo escogimiento de sus lugartenientes. Davout, el mejor de sus mariscales fue encargado del gobierno de París, privando así al ejército de los servicios de un inteligente mariscal de campo; Murat, el mejor general de caballería fue ignorado porque se encontraba en desgracia con el Emperador (68). El Mariscal Soult, quien era muy efectivo como general de división en el campo de batalla, fue nombrado Jefe de Estado Mayor, puesto para el cual no estaba preparado.

La vital ala izquierda, la que se enfrentaría a Wellington, se le asignó a Ney "el más valiente entre los valientes", pero alguien que adolecía de graves deficiencias tácticas. Ney era arrojado e inspiraba a sus tropas pero no parecía comprender la estrategia napoleónica. El ala derecha se le dió a Grouchy un buen general de caballería, pero con muy poca experiencia en la infantería como lo iba a demostrar durante la campaña. El Emperador estaría a cargo de las reservas y, por supuesto, dirigiría las operaciones.

Los ejércitos Aliados, al mando de Wellington y Blücher, necesitaron algunas horas para poder sobreponerse a la sorpresa del avance napoleónico y tomar las medidas necesarias para contrarestarla. Wellington y sus oficiales se encontraban en la noche del 15 de junio en la famosa fiesta de la Duquesa de Richmond (69). Fue en las postrimerías de esta fiesta que Wellington se enteró de que los franceses, después de desalojar a los prusianos de Charleroi y ocupar la ciudad, habían continuado su avance y ya se encontraban en las proximidades de la aldea de Quatre Bras, peligrosamente cercana a Bruselas. Wellington, además de no esperar acción tan precipitada de parte del Emperador, confiaba en que éste, luego de una demostración de fuerza, se retiraría a posiciones defensivas (70).

Al enterarse de la grave nueva Wellington se retiró con el Duque de Richmond y fue entonces cuando lanzó su famosa frase: "Napoleón me ha embaucado, por Dios. Me ha ganado 24 Horas" (71). Cuando su anfitrión le preguntó qué pensaba hacer, lanzó sus proféticas palabras en el sentido de que ordenaría una concentración aliada en Quatre Bras, pero no podría detenerlo allí. Luego paso su mano sobre el mapa y declaró "tendremos que pelearle aquí". Y con su pulgar indicó la aldea de Waterloo (72). Inmediatamente abandonó la fiesta junto con sus oficiales. El emisario de Blücher llegó al hotel de Wellington a las 5 de la madrugada con un despacho donde se le informaba de la posición del ejército prusiano. El mensajero había tardado 30 horas para cubrir 48 kilómetros. Con razón Wellington se mostró disgustado (73). Blücher tenía mejores informaciones acerca de los planes franceses ya que el general Bourmont de "L' armée du Nord" había desertado a los prusianos unas horas antes.

La intención de Napoleón era evidente para entonces. Al notar que las probabilidades de victoria estaban en su contra como consecuencia de la inferioridad numérica de sus tropas, "vis-a-vis" a las de Wellington y Blücher, el Emperador quería evitar a todo trance tener que enfrentarse a sus enemigos una vez que éstos hubiesen unido y concentrado sus fuerzas. Su raudo avance hacia Charleroi había logrado este objetivo. La concentración de su ejército había sido tan brillante como en cualquier campaña anterior. Ahora podría derrotar a sus enemigos por separado (74).

Su ejército fue dividido en dos alas y una reserva, como se ha visto, la última sería utilizada para decidir cualquier batalla en que participase una o la otra ala. Para lograrlo era imprescindible que la logística, las órdenes del Estado Mayor y el elemento tiempo funcionasen a la perfección. También era necesario un completo entendimiento de la estrategia y la táctica del Emperador por sus comandantes de las alas. Al aproximarse las tropas francesas a Quatre Bras el plan parecía augurar gran éxito.

La posición estratégica del ejército francés el 15 de junio no podía ser mejor. Gracias al genio del Emperador las tropas se encontraban concentradas en un área de 15 kilómetros cuadrados entre las fuerzas convergentes aliadas. Blücher se había situado más cerca y si el viejo

prusiano seguía sus acostumbradas tácticas, faltas de imaginación e ingenio, e intentaba pelear a toda costa, sería destruído antes de que llegase Wellington.

Blücher, quien tenía 73 años, en Waterloo solo sabía ordenar que sus tropas avanzaran sin importarle las consecuencias (75). Producto de una deficiente educación, no tenía idea de estrategia y menos de tácticas, lo que lo había hecho frecuente víctima de Napoleón, a quien odiaba, en el campo de batalla. A pesar de que era un aguerrido peleador y que inspiraba a sus hombres, Blücher tenía muy pocas oportunidades de sobrevivir el 16 de junio cuando el Emperador decidió lanzar sus tropas contra su amargado e inferior enemigo (76). Ni Wellington ni Blücher, por separado, a pesar de la superioridad numérica del ejército prusiano, se podían enfrentar con éxito a la "Armée du Nord" (77), que a pesar de sus fallas tenía el mejor general de la historia como comandante.

En la mañana del 16 de junio Wellington inspeccionó las tropas belgo-holandesas de su aliado el Príncipe de Orange en Quatre Bras, la que para él era, por el momento, la posición clave: 33 kilómetros desde Bruselas y casi 20 desde Charleroi. Ney se encontraba en Frasnes a tres kilómetros de distancia. Con 20.000 hombres y 60 cañones, Ney aventajaba cómodamente al Príncipe Orange que sólo contaba con 7.000 soldados y ocho cañones. El terreno boscoso, sin embargo, ocultaba al mariscal francés la inferioridad numérica de su adversario. Confiando en que los refuerzos anglo-holandeses, que había ordenado desde Bruselas, llegarían a tiempo para repelar el esperado ataque de Ney, Wellinton abandonó Quatre Bras para dirigirse al cuartel general prusiano y conferenciar con Blücher y su jefe de Estado Mayor, Gneisenau. El objeto de la entrevista era el de planear la estrategia a seguir contra el formidable enemigo que los amenazaba.

Blücher y su ejército se encontraban en Ligny, al sureste de Quatre Bras. Desde allí los comandantes aliados observaron con sus telescopios a Napoleón entre los miembros de su Estado Mayor. Wellington se alarmó al contemplar la escena (78). Napoleón, con 68.000 soldados de infantería y 12.500 de caballería estaba en desventaja ante Blücher, con 84.000 prusianos a su mando, pero la disposición de las tropas del último, sin ninguna protección contra los cañones enemigos, cancelaba con creces su superioridad numérica. Wellington aconsejó a Blücher y

Gneisenau buscar otra línea de defensa, pues una batalla en esas condiciones sería desastrosa para los prusianos. Gneisenau rechazó las recomendaciones de Wellington y éste, después de declarar que cada uno conocía mejor su ejército, prometió repaldar a los prusianos siempre y cuando sus tropas no fuesen atacadas también (79). La entrevista de los comandantes aliados no había tenido mucho éxito (80). De nada sirvieron los consejos del Duque británico, pues a Blücher sólo lo animaba una "irreflexible pugnacidad" (81), y ya había decidido pelear en Ligny. Al retirarse Wellington sonaron los cañones franceses, nueve en tres intervalos de a tres; la batalla de Ligny había comenzado (82). La ayuda condicionada, prometida por Wellington, no iba a poder ofrecerse ya que a su llegada a Quatre Bras se dio cuenta que la situación allí también era crítica. Es más, lo imperdonable desde el punto de vista francés, es que Ney hubiese demorado su ataque hasta la tarde del 16.

Temiendo recibir una sorpresa similar a las recibidas en España donde Wellington escondía a la mortífera infantería británica en declives de terrenos escogidos previamente y la hacía aparecer en el último momento (83), Ney demoró el ataque hasta estar seguro de la debilidad numérica del oponente. La reputación que Wellington había ganado en España salvó la situación en Quatre Bras; pero, aun así, a las 3 de la tarde cuando el Duque de Hierro llegó a la vital encrucijada parecía que todo se iba a perder pues Ney, finalmente, había ordenado el ataque. La actitud de Ney (84), de extremada cautela, se puede explicar; lo que sí es difícil de excusar es que la haya remplazado por un comportamiento casi que irresponsable, que lo va a impulsar ese día y luego en Waterloo, a lanzar sus tropas en forma indiscriminada contra los letales fusiles de los cuadros ingleses.

Pero veamos, mientras tanto, lo que ocurria en Ligny. Cuando el Emperador se dio cuenta que su enemigo prusiano intentaba pelear en Ligny y había concentrado allí al grueso de su ejército, ordenó a Soult que enviase un mensaje a Ney, que como sabemos comandaba la vital ala izquierda francesa. De acuerdo con las instrucciones imperiales, Ney tenía que atacar en Quatre Bras y, luego de dominar al enemigo allí, unirse a las tropas de Napoleón para completar un movimiento envolvente contra los prusianos desde la izquierda. Napoleón atacaría a los prusianos de frente, Ney desde la izquierda y Blücher tendría que retirarse en dirección opuesta a donde se encontraban sus aliados de We-

"El Duque de Wellington". Goya, (Museo Wellington, Londres).

llington. "Si Ney cumple su cometido" declaró Napoleón, "ningún soldado ni cañon de ese ejército frente a nosotros se escapará" (85).Y unos años después diría en Santa Elena: "hubiera destruído al enemigo en Ligny si mi ala izquierda hubiera cumplido con su deber" (85).

Cuando las tropas de Napoleón se lanzaron sobre los prusianos en Ligny la campaña estaba prácticamente ganada. El centro prusiano tuvo que ceder y Blücher perdió el caballo que montaba como resultado de una bala francesa. El viejo general cayó herido y se debe a la suerte que no hubiera sido hecho prisionero por los franceses. Fue su jefe de Estado Mayor, Gneisenau, quien ordenó que el ejército prusiano en

lugar de retirarse a sus bases orientales lo hiciera en dirección a Wavre, a corta distancia de las tropas de Wellington. La orden de Gneisenau iba a tener una importancia decisiva en Waterloo. Los prusianos habían recibido una brutal paliza y sufrido 34.000 bajas, pero Geneisenau rehusó admitir que su ejército estaba inutilizado para el resto de la campaña y tomó la histórica decisión de Wavre (87).

Dos infortunadas circunstancias evitaron que el Emperador destruyese al ejército prusiano durante o después de la batalla de Ligny. No solamente Ney, sino el general Drouet d'Erlon al mando de un "corps" de 20.000 hombres tenían órdenes de unirse a las tropas napoleónicas en Ligny. Esta ayuda era necesaria si se quería destruir al ejército de Blücher, pues Napoleón había dejado, como medida de seguridad, otro "corps" al mando de Lobau en Charleroi y no contaba con fuerzas suficientes para aprovechar, como en efecto ocurrió, hasta el límite cualquier derrota que infligiese a los prusianos (88).

Pero Ney, como hemos visto, demoró demasiado el ataque en Quatre Bras y no aprovechó la inferioridad numérica de las tropas de Wellington. Sumado a esto, tenemos que Soult, quien no tenía experiencia como jefe de Estado Mayor, no redactó bien las órdenes dictadas por el Emperador. El resultado fue que Ney no se dio cuenta que la batalla principal se libraba en Ligny y no en Quatre Bras y debido a las confusas órdenes del Emperador, preparadas por el ineficiente Soult, el corps de Drouet d'Erlon recibió órdenes de pelear primero en Ligny, luego en Quatre Bras y finalmente en Ligny, con el agravante que sus soldados se pasaron marchando de un lugar a otro sin participar en ninguna de las dos acciones. La forma como Soult envió las órdenes fue definitivamente perjudicial para la causa francesa (89).

El Emperador había fallado en su intento por convencer a Berthier, su brillante jefe de Estado Mayor, que se uniese a sus fuerzas. Berthier ha sido considerado como irremplazable (90) por un historiador moderno. Mas después de luchar en tantas campañas interpretando brillantemente las órdenes de Napoleón, Berthier se unió a los Borbones durante la restauración y rehusó participar en la aventura de "Los 100 Días". Se retiró con Luis XVIII a Bélgica y murió en un accidente antes de Waterloo (91). Ahora hacía más falta que nunca. De no haber sido por la confusión en las órdenes enviadas por Soult a d'Erlon, Ligny

hubiera sido un triunfo decisivo (92) y en esas condiciones es muy probable que Wellington no hubiera estado en posición de defender Bruselas.

La actuación de Ney en Quatre Bras ha sido catalogada como "amateur" (93). No atacó a las fuerzas del Príncipe de Orange, formadas por holandeses y belgas, cuando debió hacerlo en la mañana del 16. Wellington regresó a Quatre Bras después de su entrevista con Blücher, a las tres de la tarde y casi inmediatamente Ney ordenó el ataque, por lo menos cuatro horas demasiado tarde. A las tres de la tarde, con Wellington al comando, empezaron a llegar los vitales refuerzos aliados. Cada contingente que llegaba era enviado a las débiles líneas. En la mañana, Ney contaba con 20.000 hombres contra 7.000 soldados aliados, por la tarde, luego de la llegada de Wellington y los batallones de refuerzos, la superioridad numérica pasó al Duque de Hierro. Cuando la batalla terminó al anochecer, la decisión se podía considerar como un empate. Las bajas reflejan esto: 4.700 de Wellington y 4.300 de Ney (94). El primero evitó que Ney avanzara para llevar a cabo un movimiento envolvente contra Blücher y el segundo impidió cualquier ayuda de Wellington al derrotado prusiano (95).

Esa misma noche, Napoleón, sin saber exactamente lo que había ocurrido en Quatre Bras, ya que su lugarteniente no lo había informado, tenía que decidir entre perseguir a Blücher o dirigirse contra Wellington . Todavía no se conocía con exactitud la ruta seguida por los prusianos en su retirada, pues los destacamentos de caballería enviados por el Emperador con este propósito no habían regresado. Por la mañana se enteró que Wellington todavía ocupaba Quatre Bras. En esas condiciones, la decisión del Emperador fue la de enviar a Grouchy, con un poderoso destacamento, en persecución de Blücher. El mariscal Grouchy también tenía que informar de cualquier movimiento de Blücher con miras a unir fuerzas con Wellington y, sobre todo proteger el flanco derecho francés (96).

Algunos críticos de Napoleón sostienen que la innecesaria espera entre las nueve de la noche del 16 , cuando Blücher huía con sus tropas, y las 11 de la mañana del 17, cuando Napoleón finalmente ordenó a Grouchy que emprendiese su persecución, fueron fatales para su causa (97). Pero era claro en sus órdenes que Grouchy, además de la perse-

cución de Blücher, tenía que cubrir el flanco y la retaguardia del grueso del ejército imperial y Grouchy tenía 33.000 soldados para cumplir esta misión (98). Si hubo una falla ese día 17 de parte del Emperador, fue en no ordenarle a Ney que trabara combate con Wellington, sabiendo que él pensaba marchar con el grueso del ejército hacia Quatre Bras.

Wellington, quien se había enterado esa mañana del 17 de la derrota de Blücher en Ligny y la decisión de retirarse a Wavre para estar cerca de Bruselas, consideró que él también tenía que retirarse, no importaba si en Inglaterra pensaban que su retirada era también una derrota (99). Al Duque le hubiera gustado que la retirada prusiana hubiera sido a un punto más próximo que Wavre. Era evidente que los prusianos habían demorado la noticia para mantener a sus aliados en Quatre Bras y cubrir así su retirada. Wellington llamaría después la decisión de retirarse a Wavre como "el momento decisivo del Siglo" (100).

Era ahora Wellington quien tenía que escoger entre hacerle frente al ejército francés que se acercaba o evitar un combate en el cual parecía que el Emperador iba a tener ciertas ventajas. Se decidió a pelear siempre y cuando Blücher pudiera enviar en ayuda aún cuando fuese un "corps". Ya Wellington había reconocido con sus ingenieros la posición del Monte St. Jean frente a la aldea de Waterloo. Experto en guerras defensivas, lo cual había demostrado en España, se sentía atraído por los declives y otros obstáculos de terrenos que le permitirían ocultar a su mortífera infantería. Se pelearía, pues, en Waterloo.

Su decisión disgustó a muchos de sus veteranos que habían luchado el día anterior por cada palmo de terreno en Quatre Bras. El Emperador, que se había mostrado falto de voluntad hasta las 11 de la mañana cuando despachó a Grouchy, súbitamente decidió avanzar hacia Quatre Bras. Era demasiado tarde. Cuando Napoleón llegó un poco después de la una encontró a los soldados de Ney preparando sus comidas, pues éste pensaba que el 17 sería un día de descanso. Furioso el Emperador, ordenó, después de declarar que "Francia había sido arruinada", un avance general hacia las posiciones Aliadas (101). A pesar de la demora había alguna posibilidad de obligar a las fuerzas de Wellington a pelear esa misma tarde, de no haber sido por el destino. Una tormenta se desató e inutilizó el terreno para la artillería y caballería. En tales

"Cuadros escoceses en la batalla de Waterloo". Felix Philippoteaux, (Museo Wellington, Londres).

circunstancias una batalla era imposible. La suerte de Europa se decidiría el 18, si el tiempo lo permitía.

La una de la mañana del histórico día siguiente encontró al Emperador lleno de optimismo al comprobar que Wellington, lejos de aprovechar la tormenta para retirarse a Bruselas, había concentrado su ejército anglo-holandés en las afueras de Waterloo. El inmenso número de fogatas del campamento enemigo lo llenó de alegría ya que él consideraba que la posición de Wellington no era buena pues los desfiladeros de los bosques de Soignes, en la retaguardia del enemigo, impediría su retirada en caso de que, como él esperaba, fuese derrotado. Fue entonces cuando lanzó su famosa frase: "Je les tiens donc, ces Anglais" (102).

Ese optimismo no disminuyó al regresar el Emperador a su cuartel general y encontrar un despacho de Grouchy en el cual le comunicaba que el grueso del ejército prusiano se dirigía a Wavre, pero, continuaba, que sus tropas estaban en posición para impedir que se acercaran a Bruselas y en esta forma, una unión de fuerzas con Wellington era imposible.

Notamos aquí nuevamente el extraño letargo que sufría Napoleón en esas vitales horas, pues en lugar de responder inmediatamente a su subordinado y darle órdenes precisas para impedir la junción anglo-prusiana, esperó hasta las 10 de la mañana antes de hacerlo. Un general con más imaginación que Grouchy no hubiera necesitado tales órdenes.

Blücher mientras tanto había informado a Wellington que dos de sus "corps" estarían en condiciones de prestarle ayuda y, de ser posible, los otros dos también acudirían. Como el Duque sólo había solicitado uno de los "corps" prusianos como imprescindible para descontar la superioridad numérica de los franceses, la noticia confirmó el acierto de presentar batalla en los declives del Monte St. Jean frente a Waterloo. Napoleón, por otro lado, estaba seguro de su capacidad de destruir el ejército de Wellington sin la ayuda de Grouchy, ya que no consideraba posible la intervención prusiana (103).

Era tal la seguridad del Emperador, que no obstante que se creía en inferioridad numérica en relación con Wellington, decidió esperar hasta el mediodía antes de lanzar sus ataques. Wellington había dejado 17.000 tropas en Hal, situada al oeste del bosque de Soignes, para proteger a sus hombres en caso de una retirada, lo cual lo dejaba con 67.000 soldados contra 74.000 del Emperador. La disposición de las tropas anglo-holandesas revela que el Duque estaba contando con la llegada de por lo menos un "corps" prusiano. La posición se asemejaba a una larga cuña pero con el grueso de sus fuerzas concentrado a su derecha mientras que su izquierda, la que miraba hacia Wavre, estaba debilitada. Como de costumbre los declives de terrenos se utilizaban para ocultar a sus hombres del fuego de la artillería francesa.

El campo de batalla de Waterloo es extremadamente pequeño; los dos ejércitos estaban separados por un pequeño valle de unos 1.350 metros y el área de combate se extendía unos 4.500 metros aproximadamente. Los principales aproches al Monte St. Jean estaban dominados por un conjunto de casas conocidas como Chateau Hougomont en la parte oeste, es decir, frente al ala derecha de Wellington; el caserío de La Belle Alliance hacia el este; y el de La Haye Sainte en el centro casi en línea directa con el Monte St. Jean. Waterloo estaba detrás del último.

De acuerdo con versiones de testigos presenciales, Soult, Reille, otro de sus comandantes, y d'Erlon advirtieron al Emperador de la habilidad de Wellington en tácticas defensivas, pero sus advertencias no fueron tomadas en cuenta (104). Napoleón estaba convencido que los generales que habían luchado en España, sufriendo derrotas ante Wellington, le tenían demasiado respeto. "Les digo que Wellington es un mal general y que las tropas inglesas son malas tropas, esto será un picnic" (105). Y lo peor del caso es que la táctica principal escogida fue la de un ataque frontal, la que menos le atraía al Emperador y la peor maniobra contra las tropas inglesas del Duque.

La preferencia por el costoso e inseguro ataque frontal tenía su explicación. El Emperador necesitaba una victoria lo antes posible, lo que haría circular nuevamente la leyenda de invencibilidad y lo dejaría libre para poder enfrentarse a sus otros enemigos. Por esto descartó una batalla con tácticas envolventes sobre el debilitado flanco izquierdo de su rival ya que ello demoraría mucho, especialmente si se tomaba en cuenta que el terreno todavía se encontraba algo mojado, lo que dificultaba maniobras de esta clase. El plan adoptado fue el de atacar el ala izquierda de Wellington en forma frontal mientras que un ataque a modo de diversión contra el Chateau Hougomont se haría con la esperanza de obligar al enemigo a emplear parte de sus reservas. La artillería abriría fuego contra el centro y d'Erlon, con el "corps" que no había peleado dos días antes, y otras divisiones de refuerzo atacaría al ala derecha con miras a tomarse el Monte St. Jean. Si esto se lograba los anglo-holandeses y otros aliados quedarían separados de Blücher.

El príncipe Jerónimo Bonaparte, ansioso de gloria por el nombre que llevaba, confundió el ataque contra Hougomont, que era una mera diversión, y empleó más fuerzas de las debidas, a pesar de que el intenso fuego de los artilleros ingleses estaba convirtiendo la operación en algo demasiado costoso. Alrededor de la 1:00 p.m., Ney pidió órdenes para dirigir el ataque principal contra el centro. Poco más o menos a la misma hora, el Emperador se había enterado que una columna que se acercaba por su flanco derecho había sido identificada como prusiana. Todavía quedaba tiempo de suspender la batalla, pero el Emperador prefirió tomar el riesgo y confiar en que los prusianos no podrían intervenir con suficientes fuerzas a tiempo de impedir la destrucción de Wellington. Fatal decisión.

Cuando los cañones que abrieron el ataque de Ney se escucharon a varios kilómetros de distancia, Grouchy llegó a la convicción que ya era demasiado tarde para que sus fuerzas pudieran intervenir en el combate. Apenas iniciado el histórico encuentro y ya Napoleón se veía privado del respaldo de un numeroso e importante "corps" de veteranos. El primer ataque de Ney, a la 1:30 p.m., fue rechazado con grandes pérdidas para los atacantes. Dos horas después, al confundir un reajuste de las líneas británicas con una retirada general, el mariscal envió la caballería ligera francesa, sin el debido respaldo, contra los cuadros ingleses que hubieran sido fáciles blancos de un concentrado fuego de artillería. El error de Ney dió como resultado que la estupenda caballería francesa fuese diezmada por los fusiles de los cuadros aliados.

A pesar de la torpeza de su lugarteniente, al Emperador no le quedó otro remedio que respaldarlo y dejar que los asaltos contra los cuadros aumentasen en intensidad ya que los tiradores británicos no daban señales de doblegarse ante los repetidos ataques a que eran sometidos. El error básico de Ney consistía en atacar los cuadros ingleses con la caballería sin el respaldo de la infantería y luego con la infantería sin el respaldo de la caballería (106). Estos efectivos cuadros, en los cuales los soldados apiñados podían disparar hacia todos los ángulos y sus mortíferas descargas tenían una capacidad de destrucción enorme contra ataques de caballería e infantería desprovistos de otra protección adicional. Pero, sin embargo, eran fáciles víctimas de descargas de artillería ya que eran blancos estáticos. No obstante que Napoleón desarrolló el sistema, Ney parecía desconocer sus fallas, una ignorancia elemental.

Este fue el tipo de batalla que continuó toda la tarde, ataques masivos, sin ninguna sutileza ni imaginación, contra blancos estacionarios y el "match" parecía haber concluído en un "impasse". Pero, mientras tanto, los prusianos, que habían evadido al inepto de Grouchy, se acercaban y hacia las seis de la tarde ya el Emperador se había visto forzado a emplear 14.000 hombres de su preciosa reserva, la Vieja Guardia, para contener el "corps" prusiano al mando de Bülow que amenazaba su flanco derecho. A las 6:30, Ney capturó La Haye Sainte y el centro de Wellington empezó a flaquear. Como la captura de la Haye Sainte abría el camino al Monte St. Jean y con ello al triunfo, ya que las fuerzas inglesas quedarían divididas, el mariscal solicitó que se le permitiera emplear la Vieja Guardia para el "coup de grace".

"La Batalla de Waterloo". Sir William Allan, (Museo Wellington, Londres).

El momento crítico había llegado; las líneas británicas, aun cuando sometidas a intenso fuego, todavía estaban más o menos intactas y nuevos prusianos se acercaban por la derecha. La destrucción de gran parte de su caballería, por los errores de Ney, le impedía al Emperador obtener una victoria decisiva sobre Wellington, pero la captura de La Haye Sainte que abría la posibilidad de romper las líneas inglesas le daba a Napoleón la oportunidad de obtener una victoria parcial antes de la llegada de los prusianos. En los próximos minutos se iba a decidir no sólo la suerte de los ejércitos sino la de Europa.

Si se empleaba la Vieja Guardia con su eficiencia, valentía y gran reputación la fortuna podría sonreirle a los franceses. Estos soldados que eran la "élite" de Francia ya habían agregado nuevo lustre a su fama al rechazar a los prusianos que amenazaban el flanco derecho imperial y en esa acción, dos batallones con una carga de bayoneta, pusieron a correr a 14 batallones prusianos. No cabe duda que los miembros de la Guardia todavía eran los mejores soldados de Europa. Se ha dicho en múltiples ocasiones que la demora de Napoleón en emplearlos contra el centro de Wellington perdió la batalla. Por otro lado, la Vieja Guardia era su última baza, una baza que había que jugar

con sumo cuidado y el Emperador vaciló en acceder a las demandas de Ney, hasta tanto no estuviese seguro de la situación en el flanco derecho.

A las siete, cuando Napoleón finalmente accedió a usar la Vieja Guardia contra Wellington ya era demasiado tarde. Los 30 minutos que habían transcurrido cambiaron por completo la situación. Las líneas británicas habían sido reforzadas, otro "corp" prusiano se acercaba y solo quedaban 11 batallones de la Vieja Guardia. Nueve de estos fueron llevados a La Belle Alliance y Ney reforzó el "corp" de d'Erlon para el asalto final. De acuerdo con testigos, pocas veces se había visto marchar a batallones con tanta precisión, tanta "elan", tanta valentía. Pero nada de esto les valió al ascender hacia el centro de la línea inglesa, ya que fueron recibidos por un mortífero fuego y atacados por todos lados (107). Habían sido enviados demasiado tarde. En esos 30 minutos de gracia, Wellington había logrado, con la ayuda de importantes refuerzos, convertir a sus líneas de vanguardia en bastiones infranqueables.

La repulsa de la Vieja Guardia significó el principio del fin. El terrible e increíble grito de "La Garde recule" se propagó rápidamente por todo el ejército francés y coincidió con la llegada de nuevos batallones prusianos que atacaban en diversos puntos el flanco izquierdo francés. Hubo una pausa mortal entre los franceses que veían la derrota ante sus ojos. Era el momento que Wellington esperaba, con una señal de su sombrero 40.000 soldados aliados se lanzaron desde el Monte St. Jean al ataque. En pocos minutos la cohesión del ejército imperial se rompió y a los gritos de "Sauve qui peut" (108) vino la desbandada y gran parte del orgulloso ejército se convirtió en una turba de fugitivos.

Como los prusianos estaban menos cansados y habían sufrido menos bajas, a ellos se les encargó la persecución de los vencidos, una operación que no resultó tan efectiva como comunmente se cree (109). El resto es conocido. Grouchy al día siguiente derrotó al "corps" de Thielman que perseguía a los remanentes del ejército vencido. La victoria de Grouchy, por supuesto, ocurrió demasiado tarde también. La Guardia bajo Cambronne rehusó rendirse y fue diezmada cuando su comandante contestó con la famosa obscenidad al pedírsele la rendición (110).

¿Quién ganó la batalla de Waterloo? o, mejor dicho, ¿quién la perdió? Estas preguntas nunca se han contestado para satisfacción de

Napoleón cruzando los Alpes montado sobre una mula. Esta versión del pintor Paul Delaroche sí se ajusta a la realidad histórica.

todos. Napoleón en Santa Elena culpó a Grouchy, Ney y D'Erlon e inclusive insinuó que hubo traición (111). Y en otra ocasión exclamó que hubiera destruido al enemigo en Ligny si su ala izquierda, bajo Ney y d'Erlon lo hubiera ayudado; y en Waterloo si su ala derecha, bajo Grouchy, lo hubiera secundado (112). A Wellington lo criticó por no escoger una buena posición estratégica y a pesar de la inferioridad numérica Napoleón estaba seguro de la victoria, según dijo, pues de todos los soldados aliados solo los ingleses podían pelear en igualdad de condiciones con los franceses y en Waterloo solo había entre 35.000 y 40.000 ingleses (113).

La versión de algunos escritores anti-británicos (114) de que la victoria se ganó por la llegada de Blücher y que por consiguiente éste debe recibir el crédito, descansa sobre muy débiles bases documentales. Se debe recordar que la llegada del "corp" de Bülow no fue un acto providencial; había sido planeado por Wellington (115). Para eso se había retirado de Quatre Bras y adoptado la posición de Waterloo. Y cuando en Ligny Blucher recibió una paliza a manos de Napoleón, este no pudo rematarlo porque Wellington contuvo a Ney, aun cuando contaba en un principio con fuerzas inferiores. En Waterloo, la mitad de las fuerzas prusianas llegaron a las siete de la noche, seis horas después de la hora que las esperaba Wellington (116). Tampoco se puede descontar el increíble poder de resistencia del soldado británico. Ese soldado que Wellington despreciaba y llamaba "la escoria de la tierra" (117), peleó por él, un comandante que respetaba pero por el cual no sentía cariño, heroicamente en España y Waterloo (118).

La persecución la organizó Geneisenau y la llevó a cabo originalmente Thielmann. No solamente este estuvo deficiente en la tarea de destrucción de los pelotones de fugitivos franceses sino, de acuerdo con Clausewitz, también lo estuvo Blücher (119). Wellington, por otro lado, reconoció la contribución del Mariscal prusiano en la victoria de Waterloo con palabras muy generosas (120), pero el sentido británico del "fair play" lo impulsó a refrenar a su colega cuando Blücher, sin ningún rasgo de generosidad, quería ordenar que el primer soldado aliado que detuviese al Emperador de Francia lo matase en el acto.

Sería injusto negar que todo el plan de batalla de Napoleón se perjudicó enormemente por los errores de sus subalternos: la falta de inte-

ligencia y de cordura ante ingentes pérdidas por parte de Ney; la total carencia de imaginación de Grouchy; la indecisión de d'Erlon; los deficientes despachos de Soult. Todo ello resultó decisivamente fatal para las armas francesas, pues un escritor francés tan distinguido como André Maurois nos dice que nunca antes los planes de batalla de Napoleón habían sido tan brillantemente concebidos como los de Waterloo (121).

Es imposible, aun cuando se peque de especulación histórica, no dejar volar la imaginación y pensar lo que hubiera ocurrido si Lannes (122) hubiera estado en Quatre Bras en lugar de Ney; Desaix ante Wavre en lugar de Grouchy y Berthier a cargo del Estado Mayor en lugar de Soult. Pero tanto Lannes como Desaix y Berthier habían muerto antes de junio de 1815. Quizás, como dijo Victor Hugo, (123), "Dios ya se había aburrido de Napoleón", pues no cabe duda que "el Sol de Austerlitz" no brilló ese día para el genio militar más grande de la historia.

BIBLIOGRAFIA

1. Carl von Clausewitz, **On War**, London 1968, pag. 157 (La traducción es nuestra).
2. Félix Markham, **Napoleón**, London 1966, pág. XII
3. **Napoleón** (10 Vols), París 1969. Vol. I, Pág. 1. La frase fue tomada probablemente de las **Memorias** de Chateaubriand, quien no era admirador de Napoleón.
4. Markham, **op. cit.**, pág. 255. En vísperas de la campaña de Waterloo el Duque de Wellington estudió a varios candidatos para un puesto importante en el departamento de logística de su ejército. Uno de ellos era Hudson Lowe y Wellington lo descartó por ineficiente.
5. André Castelot nos ha dejado, en la revista francesa **Historia** de mayo de 1971, París, un vívido recuento de las últimas horas. El artículo se titula "Napoleón II y a cent cinquante ans l' Empereur rendait le dernier soupir", págs. 46-47.
6. New York 1949.
7. Vol I, pág. 8 (La traducción en este y en los siguientes casos es nuestra).
8. Vol II, pág. 935.

9. Markham, **op. cit.**, pág 106.

10. Ibid, pág. 106. Esta famosa y despectiva frase para describir a los ingleses, no la pronunció por primera vez Napoleón, como se cree, sino el General Paoli, su superior en Córcega cuando el futuro Emperador iniciaba sus actividades político-militares.

11. André Maurois, **An Illustrated History of France**, New York 1957.

12. Christopher Herold, **The Age of Napoleon**, New York 1963, pág. 436.

13. **Op.cit.**, pág 265.

14. Karl Marx, **El 18 Brumario de Luis Bonaparte**, Barcelona 1968, pág. 12.

15. Ver el magnífico artículo de Bernard Boringe "L'Université de Napoleón" en **Historia**, París Noviembre 1970, págs. 144-151.

16. Sin duda alguna, el mejor trabajo que se ha hecho sobre la opinión de los historiadores franceses en torno a las contribuciones, positivas y negativas, de Napoleón es el penetrante análisis de Pieter Geyl, en su libro **Napoleón: For and against**, London 1970, passim.

17. J. H. Plumb, **England in the Eighteenth Century** (1714-1815), London 1969, pág. 199.

18. El mejor estudio sobre Marlborough y un magnífico ejemplo de lo que debe ser el método histórico lo constituye la gran biografía escrita por su descendiente Sir Winston Churchill, **Marlborough His Life and Times**, 4 vols., London 1934, passim.

19. Clausewitz, **op. cit.**, pág 129.

20. La mejor biografía de Carlos XII en los últimos años (un estudio que incluye su estrategia y tácticas militares) es de Ragnhild Hatton: **Charles XII of Sweden**, London 1969. Su descripción de las batallas de Carlos XII es también de primer orden, especialmente la de Narva, cf. págs. 140-154.

21. Resultaría imposible enumerar todos los trabajos publicados en el siglo XIX sobre la estrategia empleada por Napoleón. Entre los de mayor importancia en este siglo tenemos el de Yorck von Watenburg, un trabajo justamente famoso, publicado en 1902. **Napoleón as a General** (2 vols., London). Otros estudios importantes pertenecen a: Coronel Vochée, F. L. Petre, Spencer Wilson, H. Lachouque, C. Monceron, etc.

    Especial mención merece el análisis cartográfico realizado por el Brigadier General Vicent Espósito y el Coronel John Robert Elting de la Academia Militar de West Point: **A Military History and Atlas of the Napoleonic Wars**, New York 1964. La obra que incluye mapas militares de cada una de las batallas, la hemos leído, estudiado y utilizado para este trabajo.

    Sin embargo, resulta apropiado y justo que los mejores análisis hechos de la estrategia y tácticas militares de Napoleón pertenezcan a franceses. Son ellos los del General H. Camon **La Guerre Napoleonienne - les Systimes d'operations** (París 1907); **La Guerre Napoleonienne - Précis des Campagnes** (2 Vols., París

1925); y el comandante J. Colin: **La Campagne 1796- 97** (París 1898) y **Les Grandes Batailles de l'histoire** (París 1905).

22. David Chandler, **The Campaigns of Napoleon** New York 1966, pág. 141. Chandler es un historiador militar británico y profesor de la gran Academia Militar de Sandhurst, la mejor de la Gran Bretaña y una de las mejores del mundo.

    Esta monumental obra, que consta de 1.100 páginas, y cuenta con un impecable y gigantesco respaldo documental, se puede considerar como el mejor análisis de la estrategia y tácticas napoleónicas desde los estudios de von Wartenburg, Camon y Colin. Chandler preparó este trabajo para conmemorar el sesquicentenario de la batalla de Waterloo(1815-1965).

23 **Ibid,** pág. 134.

24. Chandler, **op. cit.**, "Napoleón's Battle System" en **History Today**, London, Febrero 1965, pág. 75.

25. **Op. cit.**, pág. 241. Fue precisamente la influencia de Napoleón la que lo llevó a esta definición.

26. El mejor ejemplo de esto es, quizás, la brillante victoria obtenida por Aníbal contra los romanos en la batalla de Cannas, en el 216 A. de J., donde aniquiló al más poderoso ejército romano.

    La torpe actitud del gobierno cartaginés, al rehusar enviarle la ayuda y pertrechos que necesitaba, impidió al genio militar cartaginés explotar hasta el máximo su aplastante triunfo. Para un estudio de Aníbal, ver el brillante trabajo de su último biógrafo: Sir Gavin de Beer, **Hannibal**, New York 1970. Sobre la batalla de Cannas, de Beer nos ofrece un breve pero penetrante análisis, pág. 209-218.

27. Después de la "debacle" (para usar un término francés) de Rossbach en la Guerra de los Siete Años, cuando Francia fue humillada por la Prusia de Federico el Grande, los jefes militares franceses iniciaron un debate con miras a descubrir y eliminar las fallas de su sistema militar. La mayor desilusión durante el conflicto habían sido las incompetentes tácticas de infantería.

    Durante el debate el principal aspecto era el de decidir las respectivas ventajas de lanzar al ataque a la infantería en líneas o en columnas. Ambos sistemas tenían sus poderosos defensores. Finalmente se aprobó una formación flexible en la cual se mezclaban la de la línea y la de la columna, "l'ordre mixte" como la llamaban. Este sistema se incluyó en el Manual Militar Oficial, publicado en 1791, y formó la base de las tácticas de infantería en las guerras revolucionarias. Cf., Chandler, **op. cit.**, **The Campaigns of Napoleón**, pág. 136.

28. **Ibid.**, pág. 136.

29. Esposito y Elting, **op. cit.**, introducción, pág. 4.

30. Chandler, **op. cit.**, **The Campaigns of Napoleon**, pág. 134.

31. Barón M. de Marbot, **Mémoires**, editada por el general Koch, París 1891, Vol. I, pág. 364.

32. Marbot, **Ibid, La Correspondance de Napoleon Ier.**, París 1869, Vol XXVIII, pág. 281.

33. El esqueleto del caballo se encuentra en el British Army Museum en Sandhurst.

34. Para un estupendo análisis del arte de David ver de John Canaday "David the Napoleon of French Painting", en **Horizon**, New York 1967, págs. 48-60.

35. Allan Temko, **Horizon**, New York, Septiembre 1960, pág. 3.

36. El pintor Delaroche nos presenta dos versiones bastante exactas de Napoleón montado sobre la mula: una cruzando los Alpes y la otra cuando es recibido por monjes de San Bernardo.

37. Chandler, **op. cit.**, ha escrito un iluminador ensayo al respecto, el cual fue publicado en la revista inglesa "**History Today**": "Adjusting the Record Napoleon and Marengo" de mayo, 1967. London, págs. 326-334 y la segunda parte en junio de 1967 págs. 378-386. La información sobre los esfuerzos de Napoleón por tergiversar lo sucedido en Marengo la basamos en este ensayo.

38. Clausewitz, **op. cit.**, nos describe en parte la estrategia napoleónica en el libro tercero "On Strategy in general", págs. 241-296 de su obra **On War, op. cit.**

39. Chandler, "Napoleon's Battle System", **op. cit.**, pág. 76.

40. Para analizar en detalle los errores de Napoleón en Borodino en particular y en la campaña rusa en general, ver **Napoleon's Russian Campaign**, de Philippe - Paul de Ségur, Boston 1958, **passim**. De Ségur, además de ser un ferviente admirador de Napoleón, era su ayuda de campo durante la campaña rusa, y lo critica por su falta de decisión en el momento culminante de Borodino, falla que achaca a la mala salud del Emperador, págs. 52-90.

41. Probablemente el relato más exacto de la campaña de Waterloo es el de Esposito y Elting, Ver su "The Waterloo Campaign" en su **Military History and Atlas of the Napoleonic Wars.** La campaña de Waterloo va del 156 al 169 ya que en la obra no se enumeran las páginas sino las campañas.

42. Esto tiende a desvirtuar las creencias de Ségur y otros que sostenían que Napoleón había perdido, debido a sus dolencias físicas, parte de sus facultades mentales lo que le impide mantener su gran genio militar.

43. Emil Ludwig, **Napoleón**, New York 1967, pág. 427. La biografía de Napoleón escrita por Emil Ludwig es una de las más amenas y su lectura resulta fascinante pero es bueno observar que Ludwig no es precisamente un historiador profesional y su obra no es historia en el sentido más estricto de la palabra.

44. **Bartlett's Familiar Quotations**, New York 1948, pág 34.

45. Geoffrey Bruun, **Europe and the French Imperium 1799 - 1814**, New York 1963, pág. 195.

46. Chandler, **The Campaigns of Napoleon, op. cit.**, pág. 1003.

47. **Op. cit., pág. 329.**

48. Jena siempre le traía recuerdos dolorosos a Carl von Clausewitz quien peleó en las campañas del Rin de 1793 - 1794 y luego ayudó al gran general prusiano Scharnhorst en su labor de reforma del ejército prusiano. Participó luego en el desastre de la campaña de Jena y fue capturado al igual que Blücher por los franceses.

    Prestó sus servicios luego al ejército ruso y se distinguió en las campañas de 1812 - 1813 cuando la "Grande Armée" napoleónica fue casi totalmente aniquilada por los soldados y el clima rusos. En 1814 era el jefe de Estado Mayor del general prusiano Thielmann y, desgraciadamente para él, tomó parte en la batalla de Ligny, en la víspera de Waterloo, donde los prusianos fueron derrotados por Napoleón, una victoria que, como veremos, no fue aprovechada por los franceses debido a la indecisión de Grouchy.

49. Clausewitz, **op. cit.** pág. 315.

50. Chandler, "Napoleon's Battle System", **op. cit.**, pág. 76.

51. Napoleón fue coronado Emperador en Notre Dame de París el 2 de diciembre de 1804.

52. Esposito y Elting, **op. cit.**, "Jena Campaign", 106.

53. Chandler, **The Campaigns of Napoleon, op. cit.**, pág. 496.

54. Harold Kurtz ha publicado un interesante ensayo lleno de simpatía hacia la figura de Bernadotte y haciendo énfasis en su popularidad en Suecia. Aun así es difícil querer ocultar o soslayar su actitud de traidor en relación con alguien a quien le debía tantos favores, cf. "Jean Baptiste Bernadotte" 1763-1844 en **History Today**, Enero, London 1964, págs. 3 - 14 y marzo de 1964, págs. 171-181.

55. La información sobre el "corps d'armée" fue tomada de Esposito y Elting, **op. cit.**, "Introduction".

56. El diagrama que acompaña este ensayo dará una mejor idea de la maniobra.

57. Lannes cayó víctima de una bala de cañón en la batalla de Aspern - Essling el 22 de mayo de 1809 y aun cuando pareció recuperarse al serle amputada la pierna derecha murió de gangrena el 31. Moría así el primer Mariscal de Napoleón. "Hemos perdido a uno de nuestros más valientes hombres", exclamó Napoleón... "Su vida fue demasiado corta para sus amigos, pero su carrera de honor y gloria no tiene paralelo". Chandler, **The Campaigns of Napoleon, op. cit.**, pág. 706. Todavía no había cumplido los 40 años.

58. **Ibid.**, pág. 148.

59. **Ibid.**, pág. 149.

60. El brillante análisis de Chandler, "Napoleon's Battle System", **op. cit., passim** fue utilizado para esta descripción del sistema militar napoleónico.

61. Esposito y Elting, **op. cit.**, pág. 46 - 50

62. De Ségur, **op. cit., passim** y Herold, **op. cit.**, pág. 345. Mientras que algunos historiadores sostienen que ya el cáncer que lo mataría en Santa Elena inicia-

ba sus primeros síntomas, cf. T. Walter Wallbank y Alastair M. Taylor, **Civilization**, pág. 319, New York 1956; Herold sostiene que fuertes dolores en la próstata lo inutilizaban con frecuencia, **op. cit.**, pág. 345.

63. Era tal el respeto que los generales aliados, prusianos, rusos y austriacos, todavía sentían por Napoleón en la campaña que culminó en Leipzig que de común acuerdo decidieron evadir los ejércitos dirigidos por el Emperador y atacar sólamente aquellos comandados por sus lugartenientes. Cf., **op. cit.**, pág. 193.

64. Markham, **op. cit.**, pág. 212.

65. Harold Kurtz ha escrito otro buen ensayo sobre el retorno de Napoleón, Cf. "Napoleon in 1815: The Escape from Elba" en **History Today**, julio, London 1965, págs. 449-456. Quizás nada ilustra mejor a la cambiante opinión pública como los titulares de un periódico que circuló en París en esos días:

El Tigre se ha escapado de su cueva
El Ogro ha navegado durante tres días
El Miserable desembarcó en Fréjus
El bandido ha llegado a Antibes
El Invasor entró en Grenoble
El General entró en Lyons
Napoleón durmió anoche en Fontainebleau
El Emperador se dirigió hoy a las Tullerías
Su Majestad Imperial hablará a sus leales súbditos mañana

Napoleón había pronosticado que las Aguilas volarían de campanario en campanario hasta posarse en la torre de Notre Dame en París. También había dicho al despedirse el año anterior en Fontainebleau que volvería la primavera siguiente, junto con su flor favorita, la violeta. Se cumplían así ambas profecías.

66. Bruun, **op. cit.**, pág. 198. Los contingentes germanos eran de Hannover, Brunswick y Nassau. Los reyes de Gran Bretaña provenían de una dinastía de Hannover y desde entonces la política exterior del gobierno de Londres incluía como uno de sus objetivos principales proteger y mantener los intereses e independencia de Hannover. Esta política Hannoveriana con frecuencia era criticada en el Parlamento.

67. Citado por Chandler, **The Campaigns of Napoleon, op. cit.**, pág. 1023, pero el juicio crítico de "l'armée du Nord" es del historiador H. Houssaye, **1815 Waterloo**, París, 1893, pág. 48.

68. Murat por ambiciones personales, para retener su reino de Nápoles y animado por su esposa Carolina, hermana de Napoleón, había traicionado a éste en 1814 uniéndose a los austriacos. Su deslealtad no le valió de mucho y al iniciarse los "100 Días" atacó al ejército austriaco que se encontraba en el norte de Italia con miras a ayudar al Emperador.

Fue fácilmente derrotado y perdió su trono. Luego de refugiarse en Francia y Córcega, desembarcó en Calabria como parte de una descabellada aventura para recobrar su trono. El plan resultó en un completo fracaso. A Murat, capturado por sus enemigos, le ejecutaron el 13 de octubre de 1815. Cf.

Memoirs of Napoleon Bonaparte, de Louis Antoine F. de Bourrienne. New York 1891, Tomo IV, pág. 289.

69. Elizabeth Longford ha escrito la última biografía del Duque de Wellington: **Wellington The Years of the Sword**, New York, 1969, para conmemorar el bicentenario de su nacimiento. La autora, cuyo esposo es descendiente de la esposa de Wellington, llama a la fiesta de la Duquesa de Richamond: "el sarao más famoso de la historia", pág. 416. La idea de Wellington de asistir a la fiesta con sus oficiales, decisión que ha sido criticada ante la gravedad creada por el avance de Napoleón, era la de tranquilizar a parte de la población de Bruselas. Las simpatías de la mayoría del pueblo belga estaban con Napoleón, ya que a casi nadie le gustaba la decisión tomada en el Congreso de Viena de unir a Bélgica con Holanda bajo el gobierno del Monarca de este último país.

70. Esposito y Elting, **op. cit.**, "Waterloo Campaign", pág. 157.

71. La palabra inglesa por embaucar fue "humbugged" muy popular en la Inglaterra de la época para describir un fraude que se hubiera cometido contra uno.

72. En este modo de predecir el lugar de la batalla, Wellington seguía los pasos de Napoleón. Bourienne, **op. cit.**, nos dice que Napoleón indicó en el mapa, con varios días de anticipación, dónde se libraría la batalla de Marengo. Tomo I, pág. 349. También calculó dónde aniquilaría a los rusos y austriacos en Austerlitz.

73. Longford, **op. cit.**, pág. 421.

74. Markham, **op. cit.**, pág. 229.

75. Sus soldados entre los cuales era popular, lo llamaban "Alt Vorwats" o sea "Viejo o Mariscal Adelante".

76. Blücher con frecuencia se embriagaba en el campo de batalla, lo que constituía otra desventaja. Cf. Esposito y Elting, **op. cit.**, "Biographical Sketches".

77. Chandler, **op. cit.**, The Campaigns of Napoleon, pág. 1041.

78. Longford, **op. cit.**, pág. 424.

79. **Ibid.**, 425.

80. Es probable que el hecho de que ni Wellington hablaba alemán ni Blücher y Gneisenau inglés, hubiese creado ciertas dificultades de comunicación. Cf. Esposito y Elting, **op. cit.**, "Waterloo Campaign", 159. Lo irónico del caso es que la mejor forma de comunicarse era utilizando el lenguaje del enemigo, el francés, pero Blücher ni siquiera hablaba francés.

81. **Ibid.**

82. Longford, **op. cit.**, pág. 425. Los ataques napoleónicos por lo general se iniciaban luego que los soldados imperiales empezaban a cantar un estribillo que infundía pavor entre algunos de sus enemigos: "L'Empereur récompensara celui quis'avancera".

83. Cf. Owen Connelly ha escrito un interesante libro sobre José Napoleón, donde describe las campañas de Wellington en España y Portugal. Cf. **The Gentle Bonaparte**, London 1968, **passim.**

84. Ney había tenido una actuación desastrosa contra Wellington en España. Su conducta en 1811 en la Península resultó tan perjudicial para la causa francesa que se le acusó de insubordinación y fue remplazado por Massena.

85. Markham, **op. cit.**, pág. 230.

86. Bourienne, **op. cit.**, Tomo IV, pág. 371.

87. La información de la conducta de Gneisenau en Ligny fue tomada del libro del historiador militar alemán Walter Goerlitz: **History of the German General Staff**, 1657-1945, New York 1954. Otros historiadores le dan el crédito a Blücher, lo cual es casi imposible de aceptar ya que cuando miembros de la caballería prusiana lo rescataron de debajo de su caballo se encontraba privado del conocimiento.

    Al día siguiente se le curó utilizando, entre otras cosas, ginebra y ruibarbo. Fue Blücher, por supuesto ya repuesto, quien ordenó a los prusianos al día siguiente pelear en Waterloo en respaldo a sus aliados ingleses, pero esto hubiera sido imposible si el ejército, en lugar de dirigirse a Wavre después de su derrota, hubiera marchado hacia el este.

88. Georges Lefebvre: **Napoleón From Tilsit to Waterloo**, 1807 - 1815 New York 1969, el profesor Lefebvre murió a la edad de 86 años, en 1959, estaba considerado como la primera autoridad en el mundo sobre el período revolucionario francés. En la Sorbona prestigió por muchos años la cátedra de la Revolución Francesa.

89. **Ibid., op. cit.**, pág. 365.

90. **The New Cambridge Modern History**, Volumen IX. "War and Peace in an Age of Upheaval", Cambridge 1965, pág. 315.

91. **Dictionnaire D'Historie Universelle**, Paris 1968, pág. 234.

92. Markham, **op. cit.**, pág. 231.

93. Esposito y Elting, **op. cit.**, "Waterloo Campaign", 169.

94. **Ibid.**

95. Longford, **op. cit.**, págs. 432-433.

96. Esposito y Elting, **op. cit.**, Waterloo Campaigns, 161.

97. Markham, **op. cit.**, pág. 231.

98. **The New Cambridge Modern History, op. cit.**, pág. 314.

99. Longford, **op. cit.**, pág. 435.

100. **Ibid.**, pág. 436.

101. Chandler, **The Campaigns of Napoleon, op. cit.**, pág. 1061.

102. **Ibid.**, pág. 1063.

103. **Ibid.**

104. Esposito y Elting, **op. cit.**, "Waterloo Campaign", 163.

105. Markham, **op. cit.**, pag. 232.

106. **Ibid.**, pág. 234.

107. Michael Barthorp, "The Imperial Guard at Waterloo" en **History Today**, noviembre 1966, págs. 737-745.

108. Chandler, **op. cit.**, **"The Campaigns of Napoleon"**, pág. 1089.

109. Esposito y Elting, **op. cit.**, "Waterloo Campaing", 168.

110. Se pretende sostener que lo que dijo fue "La Guardia muere pero no se rinde"; más lo más probable es que dijera M. . .

111. Bourienne, **op. cit.**, pág. 370.

112. **Ibid.**, pág. 371.

113. **Ibid.**, pág. 372. En su ya anticuada **Historia de Europa**, Buenos Aires 1946, A. A. L. Fisher, Tomo II, nos dice que el ejército de Wellington en Waterloo estaba compuesto de 23.900 británicos, 17.000 holandeses y belgas, 11.000 hannoverianos, 5.900 brunswickeses y 2.800 de Nassau, pág. 540. Un cálculo un poco bajo ya que la mayoría de los especialistas modernos consideran que el número de tropas británicas se acercaba más a lo dicho por Napoleón.

114. Inclusive en una deficiente cinta cinematográfica este año se propaga tal versión. El director cinematográfico ruso Bondarchuk, demostrando mala fe o ignorancia de asuntos militares, le da todo el crédito a Blücher. Al respecto es bueno leer el breve pero interesante artículo de Stefan Kanfer en la revista **Time** del 19 de abril de 1971.

115. Herold, **op. cit.**, pág. 398.

116. **Ibid.**, pág. 397.

117. Longford, **op. cit.**, pág. 322.

118. Para un análisis de su actuación en Waterloo, ver el penetrante ensayo de T. H. McGuffie "The British Soldier at Waterloo" en **History Today**, junio de 1965, págs. 373-381.

119. **Op. cit.**, 358.

120. Longford, **op. cit.**, pág. 487.

121. **Op. cit.**, pág. 133.

122. Es curioso pero Napoleón llamaba a Ney "el más valiente entre los valientes", la misma expresión que Desaix usaba para Lannes antes de Marengo.

123. H. G. Wells, **op. cit.**, Vol. II, pág. 935.